

Artola, Raúl Orlando

La mujer ágrafa / Raúl Orlando Artola. - la ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2018. 180 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4115-09-6

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863



La mujer ágrafa y otros infundios se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIgual 3.0 Unported

Raúl Orlando Artola: artolaster@gmail.com



colección **narradores del sur**



Ediciones del
**Jinete
Insomne**

Talcahuano 256, piso 2,
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
www.jineteinsomne.com
Twitter: @jineteinsomne
Facebook: Ediciones del Jinete Insomne

Corrección: Juan Ruffo

Diseño y diagramación: Patricia Peralta

Imagen de tapa: Danilo Vasiloff, acuarela sobre papel, 29 cm. por 42 cm.

Impreso en BonusPrint 2018

La mujer ágrafa y otros infundios

Raúl O. Artola



colección **narradores del sur**

*A Gustavo Miguel Rodríguez, amigo entrañable,
que fue puntal de mi entusiasmo para publicar este libro.*

*A Danilo Vasiloff, gran artista y amigo,
por la obra que se reproduce en la tapa.*

*A mi hijo Lázaro, músico y poeta,
que me lee desde los seis años.*

*A mi nieta Inti Artola, cuya cercanía física y espiritual
alimenta mis sueños de creación.*

*Hemos conquistado la realidad y perdido el sueño.
Ya nadie se tiende bajo un árbol a contemplar el cielo
a través de los dedos del pie,
sino que todo el mundo trabaja.*

Robert Musil

*Aquello que da unidad a mi existencia
es la literatura; todo lo vivido, pensado, añorado,
imaginado, está contenido en ella. Más que un espejo
es una radiografía: es el sueño de lo real.*

Sergio Pitol

Índice

El patio de los perros.....	11
Caro juega.....	17
Cointreau con especias para dos.....	21
Pompas de jabón	27
Un regalo para Angie	33
Doblado en cuatro	43
La niña y el marquesito	51
Vivir a gusto.....	59
Conocimiento carnal	71
Humedades	79
Esquirlas de mar	83
Lluvia de verano	87
Pasajes	89
Monógamo sucesivo.....	91
Noticias de Chile.....	97
Audiencia	101
Lejos del punto de reunión	105
La moneda de fuego.....	109
Fragmentos del manuscrito de Ginebra	111
La mujer ágrafa.....	119

El patio de los perros

Nadie puede decir que lo que se acuerda es verdad, pero menos que es mentira. Así decía siempre el vasco Murrena, antes de empezar un cuento que seguramente después iba a ser discutido por alguno que podía argumentar que él había estado allí o que se lo había contado su compadre o un hermano, o la cuñada de su tía. El vasco había advertido que gracias a la memoria de hechos que cualquiera consideraría sin importancia él podía recordar cuestiones de su vida que sin dudas habían sido de peso, por lo menos en el momento.

Eso lo descubrió el día que se dio cuenta de que hacía ya muchos años había tenido un gran amigo, de esos que no se achican ante nada, simplemente porque se acordó que supo tener muchos perros, hasta catorce, entre hembras jóvenes y cachorros, casi todos vivos. Muertos también había un par, hediendo y agusanados en algún hoyo del patio de tierra, no muy lejos de su cocina, que habían terminado ardiendo como piras de un incendio ritual, de un exorcismo, y que dejaron en el aire por muchas horas un olor dulzón, repugnante, pero que al vasco, según cuenta él, no le afectó más que una carraspera de tabaco barato.

Tampoco era sólo el dato de los catorce perros lo que lo llevó a acordarse del gordo Claudio, rubio y ruliento como él se lo imaginaba a Nerón quizá por Peter Ustinov, que lo hizo en el cine bastante bien, sino porque en uno de los viajes del gordo, que era viajante

de comercio y se la pasaba recorriendo la Patagonia un poco a los tumbos, sin ton ni son, acompañado siempre por una mujer distinta que había recogido en el camino o en una fonda de mala muerte en esos pueblos dormidos a lo largo de la ruta 3 o en medio de la meseta o enclavados en los bosquecitos cordilleranos, en uno de esos viajes el gordo y su mina de ocasión lo habían ayudado a curar el patio.

Pero más que eso puede decirse que gracias a la llegada de ellos fue que el vasco se percató que entre tanto perro y la sequía no era posible pisar el terreno del fondo sin ser cubierto repentinamente por una nube de pequeños insectos que en un primer momento no se podía saber qué eran, porque no volaban como mosquitos o jejenes ni tampoco eran caminadores como hormigas, sino que saltaban al cuerpo y los brazos y la cara y en un instante uno estaba negreando de esos bichos, piojos o pulgas, casi con seguridad.

Era un verano muy caluroso y no había agua en la casa por problemas en la cañería, lo que al vasco no le importaba demasiado porque no abría las canillas ni para preparar el mate, usaba unos bidones que traía del campo con agua “de la buena”, como él decía, refiriéndose a la natural de pozo.

El caso es que el gordo Claudio y Marisa, una chica de Pico Truncado que decía ser maestra pero que no lo parecía por algunos detalles que no vale la pena mencionar, se morían de calor después de la siesta y encararon para el patio a refrescarse en la canilla del piletón de lavar la ropa. No habían hecho más de diez metros bajo los frutales cuando el vasco escuchó desde la cocina los gritos de ella; parecía que el gordo la estuviera fajando y la voz de él tampoco era tranquilizadora, pero el asunto terminó a las carcajadas y con los dos en bolas, sacudiéndose las mallas en el

cuerpo como si bailaran una danza histérica sin música ni otra motivación parecida.

El vasco atinó a buscar una damajuana grande de agua y un trapo, llamándolos adentro para que pudieran limpiarse prolijamente. Pero el gordo Claudio fue prudente al opinar que mejor era entrar ya limpios, porque en la casa, milagrosamente, no había vestigios de la plaga. (Comentaría Murrena después que hacía tiempo que no dejaba entrar a ningún integrante de su jauría y que les tiraba la carne desde el pasillo. Al parecer, los animales saciaban su sed del piletón, tapado su desagote desde épocas lejanas y renovada el agua por una gotera de considerable caudal).

Repasemos. Tenemos al gordo Claudio y a su amante desnudos en el patio de cemento, fuera del territorio infestado y a la vista de todos los peatones porque ese pasillo daba a la calle, apenas disimulado por una puerta de reja que era una invitación al figoneo. Murrena les fue alcanzando los trapos mojados hasta que completaron la faena y pudo acercarles ropa seca, riéndose de la desnudez de sus huéspedes según el tono de jarana que le imprimía el gordo y con el que trataba de contagiar a su compañera, sofocadísima por el trance, disgustada.

Tres jornadas de trabajo les tomó al gordo y al vasco, con sendas mochilas de cincuenta litros del poderoso derribante Estrella y vestimenta apropiada, incluyendo máscaras antigás, la erradicación del bichero que ningún especialista en el tema se animó a enfrentar, después de corta inspección. Uno de ellos llegó a comentar, luego de una incursión brevísima, que jamás había sabido de semejante proliferación y de tan variadas clases, aunque en cuanto a la especie no dudó: eran pulgas. El hecho es que tuvieron que alquilar los equipos y redoblar la dosis del insecticida, porque la resistencia fue superior a la prevista.

A todo esto, las perras y los cachorros huyeron hacia la puerta de la casa, tirándose en la vereda sin el consuelo de sombra y a la espera del final de la batalla.

Mientras tanto, cuenta el vasco, la mujer se había calmado y colaboraba en los menesteres domésticos, algo que él no permitía casi nunca, más por hábito de solitario que por cortesía de anfitrión. Al tercer día, con el triunfo seguro y los ánimos templados, decidieron celebrarlo tomando posesión del patio para hacer un asado y despedir así al gordo y a Marisa, que debían retomar los caminos.

Desde la tardecita el vasco alimentó un fuego pequeño, avivado con paciencia para obtener las brasas necesarias, con una economía de recursos que es tanto la garantía del resultado final como el timbre de honor del asador. Comieron bajo la parra, en el espacio recuperado para la vida humana. La carne resultó excelente y el vino quizá también, pero pasada la medianoche al gordo le pareció suficiente la juerga para tener que afrontar la ruta desde temprano. Eligió irse a dormir, bien adobado, dejando la tertulia a cargo del vasco y de Marisa, que no tenían apuro.

A la mañana, el gordo Claudio obedeció al despertador y antes de abrir los ojos se dio cuenta de que estaba solo en la cama. No tuvo que hacer muchos cálculos para suponer que Marisa dormía con el vasco.

Cuenta Murrena que esa mañana su amigo se movió con sigilo en el baño y la cocina, aunque todos creen que por la borrachera no se hubiera enterado ni de un terremoto. El gordo cargó sus cosas en el auto y se fue, dejando una notita melancólica: “Muchachos: sigan disfrutando de ese patio y vos, vasco, deshacete de algunos perros para mi próximo viaje. Disculpame, Marisa, pero dormías como un tronco y me dio pena despertarte. Otra vez será. Un abrazo para los dos. Claudio”.

El vasco lo cuenta y dice que el gordo siempre fue un amigazo, pero que ésa es la única que no le perdona. Está bien que me ayudó tres días a despulgar el patio, repite, pero yo tardé tres meses en sacarme de encima a la chica, pobre, no hay derecho. Y pone de nuevo la pava en el fuego, después de llenarla con el bidón de costumbre.

Caro juega

Al despertar tuvo la certeza de que esa tarde iría a jugar. Sólo cada tanto se levantaba con esa sensación de electricidad en el cuerpo que le indicaba el rumbo de sus próximas horas. Muchas veces pensó que tal determinación le vendría de algún sueño que no alcanzaba a recordar, idea que la intrigaba bastante.

Como en ocasiones anteriores, un estado de excitación animaba sus movimientos, hasta parecerle que los demás debían darse cuenta de que algo raro le pasaba. Recién bajo la ducha suspendió esa sospecha y pudo librarse de las presuntas miradas indiscretas.

Disfrutó del agua, se acarició los pechos, demoró su mano en el sexo, le reprochó el largo a sus piernas pero enseguida lo compensó al palpar su cola, redonda y dura, que era lo que más le gustaba.

Después de secarse alborotó sus rulos húmedos frente al espejo, hizo un mohín de complacencia y se vistió apurada. Dudó entre un vestido, el enterito y los *jeans*; finalmente triunfó el calce justo de la lona sobre su piel, sin más obstáculo que el íntimo protector perfumado.

Comió poco y de pie, sin hablar con nadie. Apenas respondió con monosílabos a las preguntas habituales, indiferente, con la cabeza en otra parte. A ese lugar Caro llegaría mucho más tarde, acumulando ansiedad, ilusiones y adrenalina. Y sudores varios, como se verá.

Primero fue en el colectivo, lleno, a tope. Viajó parada los cuarenta minutos hasta el gimnasio, entre bufidos, toses y olores repugnantes, con la única recompensa de haber sentido un rato largo junto a su pierna, rozándola insistentemente, la suelta y fuerte cachiporra de un uniformado, en apariencia distraído. Lejos de molestarse, Caro aprovechó todos los avatares del camino para apretarse contra el vergajo, con cara de la mayor inocencia.

En el gimnasio había más gente que nunca, seguramente porque era principio de mes. En el vestuario se encontró con la encargada, una cuarentona seductora que le pidió permiso para quitarle la ropa. La mujer le caía bien y sabía hacer las cosas.

Le sacó la remera, se entretuvo con los breteles del corpiño mientras olía y besaba el cuello descubierto por el pelo corto. Luego rozó los pezones con el dorso de las manos y le mordió tiernamente el labio inferior.

Nunca se había resistido, pero ese día menos. Cuando la mujer le bajó los pantalones Caro tuvo una sensación de alivio y le tomó la cabeza para que bajara hasta el pubis. No necesitó pedírselo porque la rubia, rápida, obedeció al movimiento de las piernas que se abrían y metió su boca en la hendidura roja y mojada. Lamió con fervor y maestría, usando labios, lengua y los dientes con prudencia. Ya en el suelo, aprovechó el pie ancho y firme de Caro para montar su entrepierna, frotarla rítmicamente y así acabar juntas, con quejidos cortos y suaves suspiros.

El descanso fue breve, hubo un besito cómplice de despedida, los ojos empezaron a recobrar su contorno normal, pero cualquiera con cierta experiencia podía adivinar la causa de rostros tan distendidos y el hablar pausado y grave, una octava más baja por lo menos.

El resto de la tarde fue para Caro una conocida rutina. Visitó todas las salas, cumplió con los pedidos, obedeció los caprichos más insólitos y por varias horas no pudo olvidar cuando fue su culo el requerido, tanto por la abrupta invasión y el chorro tibio que la colmó enseguida, como por la persistencia de las contracciones de su glorioso agujerito, como ella lo llamaba.

La ducha final fue insuficiente. Hubiera necesitado un baño de inmersión, bien relajante, con sales y una mano amiga que la acariciara sin más intenciones que la higiene y las delicias del tacto.

Sólo entonces recuperó la sensación del mediodía y se dispuso a concretar el propósito definido con el que despertó. Le pidió unos pesos a la rubia, que le entregó el dinero con una mirada posesiva, y salió a la noche, hacia el centro.

Cuando vio la hora en un cartel publicitario se alarmó; pensó que no llegaría a tiempo. Encontró una casa abierta y jugó veinte pesos al 77 a la cabeza, por la obsesión que tenía con sus piernas, que le resultaban excesivamente largas desde hacía algunos meses.

Cumplido el objetivo central de su jornada, se sentó a descansar en un banco de plaza y desde allí vio el cine donde daban la última de Almodóvar. Decidió que era una buena manera de terminar de aflojarse y fue derecho a la boletería. Pidió la entrada y cuando el empleado ya la cortaba, la miró de nuevo, titubeó y le reclamó documentos. Caro los sacó del bolsillo derecho del jean y se los dio. Con una mueca de resignación a modo de disculpa, el hombre le devolvió la libretita diciéndole que la película era inconveniente para menores de 16 y que sólo podría verla acompañada por sus padres.

Caro no le contestó y se fue pensando que peor sería que los viejos se enteraran de que había jugado a la quiniela.

Cointreau con especias para dos

Al día siguiente, muy temprano para las costumbres lugareñas, una camioneta cuatro por cuatro paró en el bar *Zug-zwang*. Se bajó un hombre canoso con ropa deportiva, que preguntó a Federico por una mujer joven, morocha, que según él había llegado el día anterior. Más circunspecto que nunca, el patrón contestó que no había visto a nadie de esas señas y, es más, que hacía mucho tiempo no circulaban extraños por allí. El hombre, desconcertado y nervioso, quiso saber sobre lugares donde pudiera haberse alojado.

—¿A usted le parece que podemos tener algún hotel con lo que le acabo de decir?, fue la tajante respuesta.

—Dígame entonces dónde queda la comisaría o la delegación municipal.

—Mire, señor, a este pueblo lo borraron de los mapas hace ya casi veinte años y la única autoridad que conozco es un funcionario que de tanto en tanto se da una vuelta con su moto para verificar si todo sigue igual. Más no puedo ayudarlo...

Vencido, el pasajero se dejó caer en una silla. Quizá para animarlo, el hombre de la barra ofreció:

—¿Quiere tomar algo? Acá preparamos un trago bastante raro que tiene mucho éxito. Le pusimos el nombre de un escritor, pocos lo...

Las últimas palabras de Federico no alcanzaron a escucharse con nitidez. El bronco sonido del motor de una Harley-Davidson tapó en parte su voz, pero el insólito viajero, clavado en su asiento, siguió mirando hacia un punto indefinido, hasta que la luz reflejada por los vidrios de la puerta al abrirse lo encandiló. Su gesto instintivo de protección fue confundido por los otros dos hombres con el ademán pudoroso del que llora en silencio.

—No había por qué atigrarse, señora, el hombre sólo quiso ser amable con usted.

La voz resonó profunda desde el fondo del salón y sorprendió a todos. Alguien con un aire de compadrito de arrabal se había atrevido a intervenir en favor del mozo que portaba una esquila trémula en bandeja de plata.

El papel no decía nada insolente, pero el empleado tenía instrucciones de exagerar los alcances de la invitación con alguna palabra o gesto intencionado en el momento de entregarlo. La treta funcionó y la dama puso el grito en el cielo por una sugerencia de belleza que nadie hubiera discutido y con la que ella podía sentirse halagada sin descender de categoría.

Su condición de forastera y el rústico ambiente del bar facilitaron el curso de la situación, imaginada por el taita del vozarrón y adjudicada al patrón del boliche, para cubrirse. Artilugios de la seducción indirecta que conocía muy bien y su amigo toleraba por años de copas y complicidades.

El paso siguiente no era difícil de anticipar. El hombre, moreno y sólido, se arrimó a la mesa solitaria del rincón junto a la vidriera, como un delegado natural de los parroquianos que quisiera interceder para aclarar el entredicho.

A la mujer le habían subido los colores y unas finísimas gotas de sudor iluminaban la parte superior de los labios, sobre un vello impalpable. El hombre se inclinó, al estilo antiguo de saludo y señal de respeto y pedido de autorización, tras lo cual se sentó en la silla vacía frente a la mujer, ligeramente de costado hacia el centro del salón. Todos los movimientos los ejecutó con deliberada lentitud, como el que se acerca a un pájaro tratando de no espantarlo.

Por su elegancia y oscuridad, esta mujer parecía una golondrina extraviada, lejos de su bandada y con el desconcierto de hallarse en un paisaje desconocido, en el que desentonaba muy notoriamente. A esto se refirió el delegado en primer término.

—Me disculpará usted, pero traté de que el malentendido no pasara a mayores, sobre todo viendo que aquí nadie la conoce, y evitar que saliera perjudicada. Quiero decir, molesta y hasta con motivos, si puede decirse.

—Mire, señor, yo no sé quién es usted ni qué se propone, pero le aclaro que espero un transporte para reunirme con mi marido a pocos kilómetros de aquí, en el campo de mis suegros. De manera que le pido se retire y agradezco su intención.

El hombre escuchó sin hacer otro gesto que mirarse un par de veces el lustre de los zapatos negros, buscando una imperfección inexistente, ocupado en algo trivial o casual. Luego respondió amablemente.

—Me sorprende lo que me anuncia usted, pues debe saber que a este pueblo hace años que no llega otro vehículo que un camión mensual con las provisiones generales para los pocos que quedamos.

—Se imaginará que no es esa clase de transporte el que espero, sino que alguien me vendrá a buscar especialmente, ¿no cree?

—Ojalá que así sea, señora, pero no deja de asombrarme, porque desde hace mucho no llega ni sale nadie de estas calles, que yo sepa al menos.

—¿Ah, sí? Y yo que soy, ¿un fantasma, acaso?

—Le diría que era precisamente la pregunta que me estaba haciendo: cómo llegó, en qué vino.

—Su curiosidad es impertinencia y se parece a un interrogatorio policial. ¿Qué cree autorizarlo a indárgame así? ¿Quién es usted?

—Ya le dije que sólo soy alguien que quiere ayudarla y si peco de curioso es con ese objetivo, nada más.

La mujer dudó un instante y dejó el resquicio.

—Además, si me permite, el mayor mérito que puedo mencionar en mi favor es ser el dueño de esa moto que ve en la vereda, por si le hace falta.

—No me lo imagino manejando una Harley-Davidson, qué quiere que le diga, comentó con ironía la mujer.

—No me extraña que piense así, es probable que no se me vea bien montando esa belleza, pero en estos parajes la lógica tiene leyes diferentes y no es lo único que le llamará la atención.

—Espero no sufrir más sobresaltos en el poco tiempo que me toca estar acá, por suerte.

—Déjeme convidarla con nuestra especialidad y después me cuenta.

El hombre giró levemente el torso para dirigirse al mostrador.

—¡Federico! Que sean dos Jardiel Poncela, por favor.

Y al volver a mirarla, notó que la mujer estaba perpleja, con la boca entreabierta, muy pálida.

—¿Qué le pasa, señora? ¿Se siente bien?

No hubo reacción inmediata.

—Es solamente un poco de cointreau con algunas especias, no se asuste. Además, puede rechazarlo, está en su derecho, caramba.

—No, no es eso, ¿usted dijo Jardiel Poncela?

—Sí, claro, ¿por qué?

—¿Lo dijo por Enrique Jardiel Poncela?

—Sí, por supuesto, no conozco a otro. Le pusimos su nombre a ese trago porque acá somos admiradores suyos, el elenco filodramático local representó varias de sus comedias y hasta hicimos una adaptación de *La tournée de Dios*. ¿La leyó, por casualidad?

La mujer agachó un poco la cabeza, buscó algo en su cartera y a partir de ese momento Federico, desde la barra, la vio hablar casi sin interrupciones durante un largo rato, hasta el atardecer.

A esa hora, acobardados por el frío, los devotos del naípe y los aperitivos habían vuelto a sus casas. Los últimos en irse del bar, la pareja del rincón, subieron a la moto y ganaron las sombras de la calle principal hasta que el ruido se confundió con el silencio. El barman dobló con prolijidad el delantal, cubrió su cabeza con una boina, apagó las luces y bajó la cortina metálica del local. A él también se lo tragó la noche, mucho más rápido.

Pompas de jabón

Están tan rotos estos libros y yo que necesitaba encontrar algún párrafo de un cuento para dártelo a leer si vinieras esta tarde porque yo no sé explicarte con mis propias palabras y cada uno que abro se encuaderna y a mí me parece que es una señal de mi derrota, de la imposibilidad de hacerme entender, justo ahora no encuentro *La lluvia y los hongos*, el que empieza “¿Sinceridad? Cuidado con la palabrita” y ese final, “Y ahora, por favor, hablemos de otra cosa. De tus amores, por ejemplo”, se me había ocurrido que podía servir, tan cortito y perfecto, o *Diario de un cuento*, ese homenaje lateral a Borges mentándolo todo el tiempo a Bioy para desviar la atención, pero nada, abro un libro y se deshoja, no me imaginé que los hubiera leído o prestado tanto o que yo estuviera tan viejo, todo amarillea, todo se me deshace entre las manos, vos que seguramente no vendrás esta tarde porque te encuentre con una compañera de facultad o te acordaste de una compra urgente, yo que pondré *Guitarra negra* de nuevo para masoquearme otro rato o el *Adagio* de Albinoni, pero no, no puedo llegar tan lejos, puedo capotar en el intento, mejor los brandenburgueses de Bach, y cada página que toco se me escurre entre los dedos, hoy no encuentro nada y encima tengo mala memoria, *Emma Zunz* hubiera querido leerte o deslumbrarte con *La fornicación es un pájaro lúgubre*, Castillo diciendo por boca de Bender: “Debí vivir cuarenta y cinco años para comprender el sentido cabal de las palabras: hacer el amor” y a partir de allí

atravesarnos para siempre con una belleza lúcida, insomne. Pero no, no encuentro nada, bueno, sí, *Un día perfecto para el pez banana* o un fragmento de *Alexis o tratado del inútil combate*, o del *Crack-up* de Fitzgerald, o *El libro de Monelle* de Schwob, pero ya sé que no querés traducciones, desconfiás visceralmente y me repetís “traduttore traditore” y no te lo quiero escuchar más, por eso estoy buscando entre argentinos y latinoamericanos, que no sé para qué busco si en realidad no creo que vaya a servir para hacerme comprender mejor, ni siquiera si yo mismo fuera capaz de escribir un cuento en el que vos jugaras el personaje central y yo el de tu amante incondicional, no servil ni dependiente, simple y grandiosamente incondicional, cumpliendo el mandato que me diste la primera noche que estuvimos juntos, ¿te acordás?, “tu privilegio es esperarme”, que me dejó anonadado por la seguridad y la astucia de la frase, aunque en un primer momento le adjudiqué una profunda sabiduría y ahora que lo recuerdo me doy cuenta que el sacudimiento que sentí entonces tenía que ver más bien con el solapado revés de tu sentencia, porque era yo el que hubiera debido decirla, aunque seguramente la tendría que haber adaptado a mi necesidad de pedirte algún indicio de que me querías lo suficiente como para hacerme la donación más grande que puede hacer cualquiera: un poco de su tiempo, lo único que nos constituye, la materia más indudable y efímera de la que estamos hechos, ¿cómo dice Borges?, tenue y eterna es la hora fugaz, no, no era así, ves, ya no me acuerdo, bueno, pero creo que no somos más que un puñado de segundos, minutos, horas, momentos de soledad o en compañía, como dice Cristina Peri Rossi en *La nave de los locos*: “Nada sabemos de los seres que amamos, salvo la necesidad de su presencia”, y tampoco lo encuentro, porque me gustaría leerte algunos párrafos de la uruguaya, ¿cuántos orientales van?

tres ya, con Benedetti y Zitarrosa, y de Onetti qué te elegiría, algo de *Los adioses*, no, mejor *El infierno tan temido*, me voy siempre para ese lado y para esa época, no hay caso, me estoy poniendo definitivamente viejo, y vos tan vital, tan exultante, la colorada, mirá vos, quién iba a decir que yo, a esta edad, iba a estar fascinado por una colorada, cuando antes no daba vuelta la cabeza por ninguna que no fuera morocha, me habían convencido con eso de que las rubias y las pelirrojas son fallutas, mirá que es boludo uno de joven, se cree cualquier cosa, y tampoco encuentro entero ninguno de los de Arlt, tienen las páginas revueltas, desordenadas, me tendría que fijar si tengo alguna copia de *Esa mujer*, pero de Walsh ya te leí bastante, o *Sombras sobre vidrio esmerilado* o *La loca y el relato del crimen*, qué cuentos diosmío esos dos, dejame pasar a la otra pieza que tengo las ediciones más nuevas, sí, qué tal, no te esperaba ya, está lloviendo veo, venís empapada, sacate eso y poné a calentar el agua que ya vengo, estoy buscando algo para leerte porque me quedé con ganas de explicarte una cosa, creo, porque me da la impresión, digo, no te vas a ofender, que no me entendiste del todo, no, no, si yo soy el torpe, nunca puedo expresar cabalmente lo que siento, dale, prepará el mate que yo busco una fotocopia anotada de *Aura*, el de Carlos Fuentes, ¿ése ya lo conocés?, bueno, entonces alguna paginita de Arreola, pero no me mires así, está bien, te escucho, ya parezco la tarada ésa de la televisión, bueno, contame mientras reviso esta pila, no, no, si estoy atento, lo que pasa es que tengo miedo que de la conversación del otro día te hayas quedado con una impresión difusa, como si no hubiera aceptado que está bien que no sepamos hacia dónde vamos o si estamos varados, pero en realidad lo que me gustaría es que por lo menos me digas si estás dispuesta a poner algo más que el cuerpo en esta relación... bueno, no pongas

esa cara... no quise decir lo que podría interpretarse literalmente, porque no lo dije con esa intención, vos sabés que yo te respeto, que no te cuestiono ni soy posesivo, mucho menos un celoso obsesivo, esto lo hemos hablado mil veces, pero vos también sabés que yo no sólo te quiero sino que estoy seguro que voy a poder escribir un buen cuento si vos te dedicás un poco más a nosotros, si me demostrás que querés quedarte a hacer la prueba de ver si esto funciona, no, no te estoy hablando de una pareja tradicional ni de convivir, eso también lo tenemos dicho hasta el cansancio, pero vos viste que no puedo concentrarme, que no hago otra cosa que pensar en vos, sí reíte, ya sé que es de Serrat, se me escapó, además sé que soy bastante antiguo además de viejo, decilo, no me ofende, un romántico empedernido, no estás descubriendo la pólvora, pero fijate lo que me está pasando, ya no encuentro nada en este lío, se me ha convertido en una babel esta biblioteca o lo que sea este amontonamiento de libros desvencijados, no he hecho más que leer y tomar mate en los últimos diez años, hasta que apareciste vos, y yo que no salgo de mi terror a la página en blanco como dicen los escritores ahora me parece que voy a poder, vos me has dado fuerzas y un entusiasmo que nunca había tenido, fijate que hasta estoy fumando menos, me corté el pelo, mandé a arreglar los mocasines, valorá un poquito esas cosas, no quiero decirte que lo hice por vos, lo hice por mí mismo pero gracias a vos, que me hacés sentir de nuevo una persona, alguien que ocupa un lugar en el mundo, si lo digo y me dan escalofríos porque me parece que llegué a ser un muerto en vida, cumpliendo con mis necesidades más elementales como una carga insoportable y ahora te veo así toda mojada y no sé si pensás sacarte la campera o no, si vas a quedarte un rato o si te están esperando y vas a salir de golpe sin que sepa muy bien por qué, me

entendés lo que te quiero decir, no quiero presionarte ni pedirte ningún tipo de definición, o tal vez sí, en alguna medida podría decirse que sí, imagínate que yo pudiera tener un mínimo de estabilidad como para encarar el asunto, estoy seguro que si escribo un buen cuento va a ser como un destape y yo confío en tu criterio, vos me leés y yo puedo confiar en que vas a ser sincera, que no te va a traicionar el afecto o alguna forma inevitable de competencia, porque vos sabés muy bien quién sos y dónde estás parada y me vas a decir la verdad. Si sale algo bueno yo vencería mis miedos y vendrían otros cuentos y tal vez podría sostenerme con lo que me publiquen, sí, ya sé que nadie vive de la literatura en este país, pero también vos ves cómo vivo y lo poco que necesito, con tu sentido común yo no mandaré textos mediocres a las redacciones y a las editoriales, pero en realidad no sé si a vos te interesa que siga intentando escribir, eso es lo que yo necesito, que me digas qué vas a hacer si fracaso, si no me sale nada bueno, si te vas a ir, porque entonces vuelvo a internarme y se acabó, preciosa, ¿me entendés?, yo necesito que vos me mires solamente, no, no quiero que hagas el papel de vigilante o enfermera, pero vos no sabías acaso que si no hay alguien que te esté mirando no existís, ¿eh?, nunca te pasó que hicieras ¡plop! y desaparecieras como una pompa de jabón, ¿no te pasó o no te diste cuenta?, lo dijo Octavio Paz, ¿no lo sabías?, ¿sabés cómo lo dijo?: “Para que pueda ser/ he de ser otro/ salir de mí/ buscarme entre los otros/ los otros que no son/ si yo no existo/ los otros que me dan/ plena existencia”, ¿te das cuenta?, y un amigo, Mariano, no sé si te acordás de él, hace muchos años me pasó un papelito con dos versos que no puedo olvidar: “El amor es un orgasmo frío, nena,/ pero por favor no dejes de mirarme”, ¿y Le Pera, entonces, cuando escribió “solo en la ruta de mi destino/

sin el amparo de tu mirar”? ¿qué es, verdurita? y creo que ellos no sabían nada de física cuántica y el asunto de que el espectador modifica el fenómeno que observa y yo diría que hasta puede crearlo, pero ése es otro tema, o no, qué sé yo. ¿Me entendés ahora lo que te quería explicar?, necesito saber si vas a seguir mirándome para no desaparecer, es así de corta, chiquita. Dale, sacate esa campera y tomemos unos mates, ¿querés? Acá encontré un par de hojas sueltas de Felisberto, *Menos Julia*, casi nada, escuchá.

(A la memoria de Mario Levrero)

Un regalo para Angie

*Lo que la mayoría de la gente llama historia
es sólo su producto final: el mito.*

E.L. Doctorow

Paco las ha estado esperando desde dos horas antes en su casa de la urbanización madrileña de Mirasiera. El avión llegó con retraso por unas brumas sobre Canarias. Cuando Angie lo llamó por teléfono le costó ubicarse, no entendía muy bien, ella habla poco el castellano pero además eran imprecisas las circunstancias de aquel encuentro lejano. Ahora llegaba con su amiga Sheila y quedaría todo en claro.

Se sorprendieron mutuamente. A Angie él le pareció mucho más atractivo y joven de lo que imaginaba, con su largo pelo lacio de toda la vida y una abierta simpatía. Paco se deslumbró con la mujer que había conocido aún adolescente.

Después de conversar un rato fueron a las cosas. Paco les dio guantes negros de cuero a las dos y él también se puso un par. Pasaron a una habitación llena de equipos de sonido, paneles acústicos y bártulos en un gran desorden. De un alto armario Paco sacó el estuche consagrado y, como el sacerdote hace con el copón y la hostia, lo elevó ligeramente para depositarlo en seguida en manos de Angie.

—Es tuya, guapa, ya lo sabías. Ahora se pueden sacar los guantes, era por la estática y el polvo de esta sala, nada más.

Vinieron los abrazos y besos, los compromisos renovados, el intercambio de teléfonos y correos electrónicos. Y las copas de despedida.

Todo había salido de maravillas, pero Sheila intuyó esa misma noche, al embarcarse en Barajas, que el regreso estaba poblado de asechanzas. Supo, por ejemplo, que debería volver a su departamento de Gramercy Park y que Angie se asomaría a la fosa de Ground Zero varias veces más.

Angelina Jolie me tomó por confidente la noche del famoso día en que cientos de artistas cantaron al aire libre en el centro de Manhattan. Aunque las cosas se habían iniciado un año antes, cuando yo cubría la gira mundial por el estreno de *Lara Croft: Tomb Raider* para la revista *Vogue*. Sí, suena extraño, pero tiene su explicación. Me llamo Sheila Parsons, soy nieta de la temible Louella Parsons, crítica cinematográfica de Hollywood durante casi medio siglo. Yo prefiero reportajes más tranquilos, sobre moda, de manera que me pidieron una entrevista con la diseñadora del vestuario de la película, Lindy Hemming, poco dispuesta al diálogo con la prensa.

La primera vez que nos vimos con Angelina fue en París y ella me distinguió entre los periodistas, sin conocerme, preguntándome al final de la conferencia de prensa de dónde había sacado tanta insolencia. Dicho esto con la picardía de quien hace un elogio y admirada, creo, más por lo que sugería mi actitud que por mis palabras. Luego nos cruzamos en la recepción que tributaron al equipo de la película en el *Chevalier*

y me dedicó una mirada inolvidable, cruda. Me dije: esta mujer está muy sola. Para entonces yo sólo sabía que estaba casada con Billy Bob Thornton y que nadie daba dos monedas por ese matrimonio. No tanto por la diferencia de edad, sino porque se los consideraba “emocionalmente inestables”.

Al día siguiente estábamos en Berlín. Yo seguía sin conseguir que la Hemming me atendiera. Para esta mujer la palabra *Vogue* no decía nada especial; ya me fastidiaba su soberbia, su timidez, su displicencia, o lo que fuera.

Mi alemán es casi bochornoso, de modo que fueron dos días complicados, no me gustan las *troupes* artísticas y suelo andar sola. La noche que nos reencontramos, Angelina me demostró que no se había olvidado de mí. No estoy acostumbrada a que me recuerden fácilmente. Tengo 43 años, me mantengo bien pero nunca fui hermosa, soy del tipo intelectual y hace dieciocho años que hago periodismo *free lance* para medios gráficos. A pesar de eso, casi siempre debo presentarme dos o tres veces ante gente que conozco. Mi especialidad es la entrevista, al punto de que algunos amigos me llaman “Oriana” como halago cómplice. Creo que mi mejor trabajo fue cuando puse contra las cuerdas a Luciano Benetton por aquellas campañas publicitarias que tocaron los corazones sensibles de este mundo con golpes bajos.

Esa vez Angelina me sorprendió más que en París. Al final de la proyección hubo una comida y baile con orquesta filarmónica, al estilo de los ‘50. Era en esos momentos cuando mi abuela desaparecía de la escena para tomar el teléfono y despachar sus corrosivas notas sobre las estrellas, los partiquinos y sus debilidades.

Angelina estaba magnífica, vestido negro hasta el cuello, cortísimo, mostrando sus piernas doradas

en público por primera vez, según admitió. Un bello animal en exposición, preparado para ganar todos los premios. Nuestras mesas estaban separadas muchos metros, casi en dos puntas del salón. Al rato de que las primeras parejas empezaran a ocupar la pista, Angelina se levantó de su asiento, cruzó ostensiblemente entre los bailarines y se acercó a mi lugar, que compartía con cuatro colegas. Sin decir palabra, extendió el brazo y puso su mano a la altura de mi hombro, en clara invitación. Enmudecí, empalidecí, me temblaron los tobillos y los lóbulos de las orejas, pero no lo demostré. Me repuse, sonreí y salimos a bailar.

No podía creer lo que estaba pasando. Angelina me tomó como varón, por supuesto, y me abrazó con autoridad y calidez. Nadie me había hecho sentir tan mujer, si esa cursilería aún puede decirse sin que sospechen que una cultiva secretamente su vocación de sometida. Dicen que hacíamos una buena pareja, ella más alta, casi una cabeza.

Recién volví a ver a Angelina al año siguiente en Nueva York. Fue el día del primer aniversario del atentado a las Torres Gemelas, cuando buena parte de Hollywood sumó sus entrenadas voces al coro que cantó en conmemoración de las víctimas.

Al terminar la ceremonia yo buscaba a los trancos a mi fotógrafo, pero Angelina me vio y se interpuso. Me dio un beso en la boca, breve, de saludo amistoso nomás, pero ya sabemos lo que es *esa* boca. Me preguntó “¿dónde te metiste aquella noche en Berlín?” y yo no recordaba haberme despegado de ella a propósito, no huí. Le expliqué que simplemente terminó el baile y me fui a dormir. “No era eso lo que yo quería”, respondió, seca. “Ahora te vienes conmigo”, agregó. Sigo sin saber por qué no resistí su determinación: tenía buenos motivos para oponerme si no funcionaba mi natural rebeldía frente a la prepotencia.

A poco de andar subimos a su auto, que manejaba un chofer latino, me pareció que dominicano, desprolijo, desagradable. Recibió la orden de salir de Manhattan, en dirección al sur. El sol se ponía sobre el río al cruzarlo por el puente de Brooklyn. Iluminó la cara de Angelina y la vi mucho mayor, como si hubiera pasado más tiempo que ese año; después la miré mejor y me di cuenta de que estaba demacrada. Llevaba torera y pantalón negros de cuero, lo que acentuaba la gravedad de su talante.

“Quiero mostrarte algo”, me dijo mientras tomaba mi mano, que no soltó hasta que llegamos a destino, un suburbio sombrío. En ese instante empecé a valorar la presencia de nuestro conductor; supuse que además de la pinta de lumpen podía tener un arma.

Al bajar del auto enfrentamos la puerta de hierro de un edificio de tipo carcelario, por lo insulso y gris. Angelina sacó una tarjeta magnética y abrió el portón como si fuera de bizcochuelo. El ascensor se parecía un elevador de carga para elefantes, con rejas. Décimocuarto, oscuro, silencioso. Entramos a un loft en remodelación, frío, inhóspito.

No sé cuándo ni cómo lo hizo, pero de pronto estábamos envueltas por música de Brahms, el Concierto Doble. “Qué querías mostrarme”, le pregunté. “Esto”, me respondió, sin sacarme los ojos de encima. “Lo veo, pero no entiendo”, alcancé a decir. “No, no sabés qué estás viendo”, replicó.

Entonces comprendí la sutil actitud de no haber apartado su vista de mí al decir “esto”. “Lo que estás viendo es una mujer en ruinas, que ahora te necesita más que el año pasado”, musitó. Era de otro mundo su voz, no parecía que saliera de ese cuerpo, no se correspondía con su cara perfecta.

“Angelina, tenés razón, no sé lo que estoy viendo”, intenté. “Trato de decírtelo”, aclaró. “Por qué yo”, dije, casi desesperada. “Nadie sabe eso, me extraña Sheila, sos bastante mayor que yo” y se arrepintió enseguida: “Disculpame, por favor, disculpame”. Agachó ligeramente la cabeza y empezó a sollozar, tapándose los ojos.

Cuando se calmó un poco me contó que su matrimonio con “Billybí” se había desmoronado, que él no pudo asumir la paternidad de Maddox, el bebé camboyano que adoptaron a instancias de ella, que los intentos de vencer su adicción sexual sucumbieron en la cama de la psicoterapeuta que lo trataba, en fin, sentía que el mundo volvía a caerse sobre ella. Por eso quiso estar en el homenaje a los muertos en las torres, porque se identificaba con ellos, no por patriotismo ni compasión.

Esa mujer me conmovía como si la conociera desde siempre, me sentía involucrada con sus angustias, con su evidente desamparo. Al punto de que ya estaba avergonzada de haber preguntado por qué yo.

“Y mi padre, siguió diciendo, mi padre tan distante y hostil como antes de la película. Aunque mil veces vaya hacia él con esperanzas, aunque lo nombre agradecida ante millones de personas y después me arrepienta; es una batalla definitivamente perdida, sus ojos siempre estarán mirando a otra parte, congelados en un momento indefinido, en alguna tragedia que ni él mismo sabe cuál es. No lo soporto más”.

Desde ese atardecer, que se prolongó hasta la siguiente madrugada, supe que mi vida había cambiado, que Angelina estaba en mí como ninguna persona antes. Perdón, Angie, me pidió que la llamara Angie, porque nunca entendió, entre otras cosas, que le hubieran puesto un nombre que la condenaba a ser un

“angelito” por toda su existencia. Era uno de los tantos reproches que la ponían de pie cada mañana.

En los meses siguientes la acompañé en el doloroso trámite de divorcio y condigno duelo. Me ofreció, me rogó que me instalara en ese loft suyo que no terminaba nunca de arreglar y que usaba habitualmente de refugio, la cueva donde lamer sus heridas. Tomé conciencia de que mi soledad no era tan dramática como la de ella, porque la había elegido, pero me ponía a merced de las demandas ajenas. La necesidad que Angelina tenía de mí era tan auténtica y hasta apabullante que tuve miedo, me cuestioné seriamente si no estaba siendo manipulada. Años atrás había tenido un buen psicoanalista y estuve tentada de consultarlo, porque me comprometí tanto con las vicisitudes de Angelina que temía: a) perder mi autonomía y actuar su deseo, y b) estar enamorada, posibilidad que me inquietaba mucho. No estaba preparada; no después de lo que pagué por mi tiempo con K.

Estas dudas no me impidieron aceptar el pedido y me mudé al loft, sin abandonar del todo mi departamento de Gramercy Park. Estábamos tanto tiempo juntas que nos convenía a las dos.

Luego de acabar con el divorcio vino su ataque por arrancarse el apellido Voight y adoptar legalmente el de Jolie, su segundo nombre. Lo consiguió rápido; los jueces son expeditivos en algunos estados, sobre todo en Los Angeles si se trata de una actriz muy popular. Al poco tiempo fuimos a consultar con varios médicos sobre los métodos más eficaces e indoloros para borrarse el tatuaje que se estampó en el brazo con el nombre de Billy Bob. Preguntaba mucho, vacilaba más, pero tenía urgencia; finalmente lo hizo en varias sesiones con láser y quedó conforme. En esos días la vi casi feliz.

Además de hacer de lazarillo me convertí en su secretaria privada, me había endosado su celular de trabajo y tenía la función de posponer o anular todo ofrecimiento laboral, no quería leer ningún guión ni conceder entrevistas o ir a reuniones sociales. Hubo una excepción: las llamadas desde Ginebra del ACNUR, el comité de las Naciones Unidas para los refugiados. Esa lucha era la única convicción incólume entre tanto barrido interior y refacciones exteriores.

Una tarde en que disfrutábamos del *dolce far niente*, con Maddox cerca, corriendo por la casa semi-vacía como si fuera un polideportivo para su tamaño, Angie puso un disco y me di cuenta de que era especial para ella. Lo advertí por el brillo de sus ojos y la curva de la comisura de los labios, gesto poco habitual pero que sabía representaba el regusto por las buenas cosas del pasado.

Era *El duende flamenco*, de Paco de Lucía. Se sentó muy relajada, lo escuchamos un rato largo, el chiquito vino a dormirse en su falda y recién entonces me contó la historia.

“Es lo único que recuerdo de cuando papá estaba con nosotras, este disco y el sabor de las frambuesas silvestres, me llegan siempre juntos”, empezó. “Mamá dice que en realidad puedo recordarlo desde antes de nacer porque ella lo ponía casi todos los días cuando estaba embarazada; me gusta que lo repita, me hace suponer que era feliz en ese tiempo si tenía ganas de escuchar música tan bella”.

Se le amplió la sonrisa al continuar el relato. “¿Podés creer que muchos años después, yo recién había cumplido los quince, conocí a Paco de Lucía en casa de mi padre, en una de las pocas visitas que le hice? Esa noche es imborrable para mí, el tipo estuvo fantástico, me hizo sentir como una reina, me dedicó

más atención que a cualquiera de los otros. Y cuando se enteró de lo que significaba para mí ese disco prometió regalarme la guitarra que usó en el concierto de San Francisco, en el '80, con Mc Laughlin y Di Meola. Me dijo: desde ahora está guardada para ti en mi casa de Madrid, no tienes más que pasar a buscarla.”

Hizo una pausa, acomodó a su hijo, le secó la transpiración de la cabeza y me miró. Un largo rato me miró sin decir nada. Después me invitó: “¿Vamos, Sheila, a buscar la guitarra de Paco? ¿Me acompañas?”.

“Una hermosa niña”, pensé, recordando lo que Truman Capote dijo de Marilyn cuando tenía la misma edad que Angelina. Me estremecí al evocar la otra definición que le dedicara: “Es como un colibrí en vuelo: sólo la cámara puede congelar su poesía.”

Tenía que despejar rápidamente esos pensamientos. Le dije que sí, que iríamos a Madrid cuando ella quisiera.

Doblado en cuatro

Era sábado por la tarde, tenía que entregar el material de la columna semanal y la pantalla lo agredía con su luz acuciante y las páginas virtuales en blanco. Abolló un montón de papeles y salió a dar una vuelta para despejar el fastidio.

La plaza vacía lo invitó a rumiar la mufa sentado en un banco. Muy cerca tenía la cabina de un teléfono público y se le ocurrió que en una de esas sonaba, como en las películas, y de golpe aparecía un tipo de ninguna parte, lo atendía, daba un *okay* brevísimo y salía disparado a cumplir una misión secreta. La idea lo hizo sonreír por primera vez en el día, pero algo lo interrumpió.

Mejor dicho, alguien: una piba de 14 ó 15 años que pasó como una exhalación a pocos metros, con rumbo fijo, en ojotas de playa y un cigarrillo en la mano, un pucho casi. Llamaba la atención, aunque no era linda ni fea, el pelo corto a lo varón, menuda o solo bajita quizás, un gesto duro, bien definido. Lo que hacía dar vuelta la cabeza era su caminar rápido y nervioso, con un braceo cortante y rítmico y una determinación indiscutible.

La vio llegar a la esquina y encarar resueltamente a un muchacho montado en bicicleta que conversaba con otro en el cordón de la vereda. Medina estaría a unos treinta metros y le pareció que la muchacha no alcanzó a decir nada cuando estiraba la mano para

entregar algo pequeño. La chica retomó su tranco, dio vuelta a la esquina y desapareció.

El muchacho de la bicicleta jugó con un papel entre sus manos, hizo un gesto de aburrimiento, se despidió del otro y salió para el lado opuesto al que eligió la chica, cruzando la bocacalle. Al llegar a la otra esquina usó lo que quedaba de un cesto público para tirar el papel, antes de acelerar el pedaleo y perderse.

Una sensación desagradable enturbió el estómago de Medina. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Era esa hora del atardecer en que el tiempo simula detenerse y el viento se aquieta del todo. Volvió a mirar hacia todas partes y supo lo que tenía que hacer.

Le temblaban las piernas o eso creía, pero fue derecho al papelería y se agachó un poco para tomar lo que acababan de tirar. El corazón le resonaba como un timbal cuando echó al bolsillo el papel doblado en cuatro. Apenas pudo disipar la sensación de que alguien lo hubiera visto se detuvo frente a una vidriera y leyó por primera vez el mensaje robado.

Las letras saltaban frente a sus ojos y las palabras no alcanzaban a adquirir coherencia: “Sos un forro ya me enteré que preniaste a la vieja y eya dice que lo va a tener te dije es una jodida y si puede asernos un mal lo va ser es capaz de tenerlo nunca entendiste nada sos un reforro pero lo que pasó no es para que me andes esquiando todo lo que sabes lo aprendiste conmigo no te agas el canchero porque se te nota que sos un agrandado yo siempre te dije que me podias husar pero no forrear cuando se te pase el susto anda por la piesa pasa a la mañana que el bebe ni se siente duerme como un tronco yeva yerba por las dudas no se te ocurra ablarlo con eya porque las cosas van a empiorar haseme caso una ves aunque sea BIBI”.

Después de la tercera lectura Medina pudo hacerse una composición de lugar más o menos verosímil. De todas maneras, no era comprender lo que decía o quería decir esa carta lo que lo inquietaba, sino la sensación física de estar implicado en algo ajeno que lo atraía con gran fuerza. Volvió a su casa, decidió que ya era tarde para escribir algo y llamó para avisar que esa semana no tendrían su columna.

Pasó dos noches casi sin dormir pensando en la chica del sábado por la tarde y en cómo averiguar algo sobre ella e intentar verla, aunque fuera una sola vez más. En muchas ocasiones se encontraba luchando contra su recuerdo; hacía un esfuerzo consciente para distraerse y razonar acerca de lo disparatado del propósito y de su confusa motivación. Pero todo resultaba inútil frente a las imágenes que lo asaltaban en cualquier circunstancia y que no hacían otra cosa que reforzar la ansiedad y la atracción que su borrosa figura seguía ejerciendo.

Tuvo momentos de franca resignación, que terminaron ganándolo durante varios días, aunque a veces se sorprendía caminando por lugares del pueblo poco habituales, siguiendo un instinto errático.

Esos días obsesivos terminaron abruptamente con el ofrecimiento del director del diario para que se hiciera cargo de la sección policiales durante las vacaciones de su titular. A Medina no le venía mal un ingreso extra y además calculó que lo obligaría a cambiar sus rutinas y hasta distraerse de las cavilaciones sobre la muchacha prohibida. Aunque hay que levantarse mucho más temprano de lo normal para un periodista noctámbulo, pensó.

Una mañana, cuando se afeitaba parsimoniosamente con la radio encendida, el despacho de un moviero despabiló del todo a Medina. Contaba que se había

reportado un hecho de sangre en una casa del barrio cervecero, en el sudeste de la ciudad. La policía ya estaba actuando pero no informaba todavía; los vecinos habían encontrado a una mujer de mediana edad acuchillada en el patio de su casa. Al rato, la oficina de prensa policial confirmaba que había llegado muerta al hospital. Agregaba un dato estremecedor: la mujer estaba embarazada de cinco meses, aproximadamente.

Al conocer estos datos Medina ya estaba listo para salir, más prolijo de lo habitual, pues suponía que tendría que enfrentar la escasa cordialidad de los uniformados.

Enfiló al barrio y se orientó fácil para ubicar la casa, por el movimiento inusual en los alrededores. Había varios patrulleros y el juez estaba a punto de llegar. Preguntó por los familiares de la víctima. El oficial a cargo señaló un círculo de personas que rodeaban a la otra habitante de la casa, una chica joven le dijo, creo que su hijastra. Un repentino estado de alerta animó todo el cuerpo de Medina, hasta calentarle las mejillas y las orejas. Una intuición repugnante lo hizo maldecir la hora en que había aceptado la suplencia. Se abrió paso entre la gente y, como oscuramente supuso, se trataba de Bibi, su chica, pálida, temblorosa, con los brazos tan cruzados como para sostenerse a sí misma.

Al verlo llegar, los vecinos hicieron espacio a la vez que disminuían los cuchicheos. El periodista se acercó a la muchacha con cautela y le preguntó si estaba en condiciones de responder a un par de cuestiones para el diario. No le contestó; tampoco lo miró, siguió apoyada contra una pared lateral de la casa y con la vista perdida en algún punto impreciso. Como no quería irse sin averiguar algo, sin cambiar unas palabras con ella, Medina esperó bastante, buscando su estrategia.

—Vos sos Bibi, ¿no?

—No, me llamo Verónica, contestó, seca.

—Pero te dicen Bibi, eso está claro, cargó Medina.

—¿Por qué dice que está claro, a ver?, se encocoró ella.

—Porque en este papel firmaste así, Bibi... ¿No es letra tuya, acaso?

El periodista logró sacarla de su estupor y evitar que le arrebatara el papel. La chica se dobló tomándose el estómago y vomitó en la veredita dando grandes arcadas. Medina aprovechó para desaparecer.

Con un cóctel de sensaciones contradictorias llegó a la redacción, obligado a escribir una crónica aceptable del caso. Cumplió con el trabajo sin excederse en detalles escabrosos y menos en sugerir aspectos extraños sobre Bibi, que ya sabía estaba sola en el mundo, y encima con un hijo.

Medina pasó una noche agitada, con sueños pesadillescos, poblados de imágenes de mujeres remotas o desconocidas, entre las que aparecía cada tanto la cara de Bibi, extrañamente sonriente, como jamás la había visto. Se despertó cansado, tomó café, prendió un cigarrillo, puso la radio y revisó la barahúnda de papeles que rodeaba su computadora. Entre ellos, la carta robada, doblada en cuatro, ajada, sucia.

La releyó por enésima vez y advirtió que ese papel se podía transformar, ahora, en un indicio importante para abonar la hipótesis de un crimen pasional. Sí, pero, ¿no era extremar los elementos subjetivos que tenía? La carta tornaba a Bibi en sospechosa porque ofrecía un móvil posible, pero no probable. Y su novio y presunto procreador del feto muerto en su madre muerta, ¿no podía ser tanto o más sospechoso?

Estas nuevas cavilaciones ocuparon gran parte de los siguientes días de Medina. Esta vez tenía la válvula de escape perfecta con el seguimiento de la investigación sobre el asesinato. Supo que habían tomado declaraciones a Bibi y a varios vecinos, no así al muchacho de la bicicleta, porque no figuraba ningún hombre joven en la lista de la justicia. El móvil del robo había sido descartado de inmediato, no sólo porque no faltaba nada en la casa sino porque era muy difícil que la hubieran elegido como blanco para un asalto, ante la pobreza notoria de sus moradores.

Cuatro días después, y cuando la investigación parecía estancarse, la policía anunció que en el transcurso de una declaración ampliatoria, originada en algunas contradicciones de sus primeros dichos, la hijastra, Verónica Luna, argentina, de dieciséis años, soltera, madre de un bebé de seis meses de padre desconocido, había confesado ser la autora de la muerte de Rosa Melilla, chilena, de 38 años, concubina de su padre, Miguel Luna, argentino de 42 años, desocupado, de paradero incierto. La imputada del crimen había quedado detenida y estaba incomunicada.

Medina leía el informe y su mente hervía de ideas desordenadas. No sabía qué hacer con Bibi, si podría ayudarla de alguna manera o si cualquier cosa que intentara contribuiría a agravar su situación. Esta duda se acentuó cuando le levantaron la incomunicación. Su condición de periodista le daba alguna posibilidad de visitarla, pero difícilmente a solas. El defensor oficial a quien asignaron el caso le dio esperanzas de poder entrar con él, bajo la promesa de no usar el contenido de la conversación.

Al abogado le costó convencer a Bibi para que recibiera al periodista; le dio garantías de que nada de lo que hablaran sería publicado: quería verla porque

deseaba ayudarla. La curiosidad pudo más que las dudas y aceptó que Medina pasara.

—No sé por qué, pero no le creo a tu declaración, no me parece que vos la hayas matado.

—No quiero hablar de eso.

—Pero vos sabés que yo tengo esa carta tuya.

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver?

—Si te ponés terca, no me dejás más remedio que decir en el diario que tengo pruebas de que no sos la única que tenía motivos para querer deshacerse de esa mujer y que estás encubriendo a alguien.

—Está bien, dele nomás y mi hijo no tendrá quien lo críe porque los dos vamos a estar en cana.

—Ahora te vas poniendo más razonable. Empecemos de nuevo.

Bibi termina aceptando que no la mató, que fue el padre de su bebé, el muchacho de la bicicleta, que le pareció mejor inculparse porque ya tenían sospechas de ella y en cambio de él todavía no; además creyó que aunque dijera la verdad la tomarían por cómplice, irían presos los dos y a su hijo lo llevarían a un orfanato.

Medina le dice que él podría presentarse ante la justicia con la carta, lo que obligaría a reencauzar la investigación y que quedaría a salvo si tuviera una coartada creíble y comprobable.

Bibi se queda en silencio un rato, mira hacia la calle por la única ventana del cuarto.

Medina avanza. Le cuenta que está solo, que no tiene a nadie, ni pareja ni hijos. Le ofrece reconocer al bebé, darle su apellido, y cuidarlo el tiempo que ella

demore en salir. Y que cuando quede libre podrían vivir los tres juntos.

Bibi no se atreve a mirarlo, no sabe si creerle y mucho menos darle una respuesta. Le dice que tiene que pensarlo y hablar con su abogado. A Medina le parece bien y le pasa una tarjeta con su teléfono al levantarse para salir.

Bibi le pregunta cómo le podría pagar lo que piensa hacer. El se da vuelta, la mira, vacila unos segundos y dice:

—Si lo que quiere es pagar, una mujer encuentra su moneda.

La niña y el marquesito

La niña entró volando y a voces de júbilo decía: “Me caso, mamá, me caso, y a que no sabes con quién, con el marquesito, con el marquesito”.

No era un día alegre en la casa, por lo que todos entendieron que la niña estaba trastocada. Sin parar hasta el fondo repetía “me caso con el marquesito”, y acercándose a la cama besó a su madre, rodeada de los dolientes, crucifijos, rosarios y el temido perfume llegado esa misma tarde.

—Dénle un tilo a esa niña, dijo la abuela, y cierran la puerta cancel, que vuela todo.

Un camino de azahares era el zaguán, donde se encajonaron los vientos de muerte y de locura.

Pero no estaba loca la niña Pilar. Podía parecerlo porque le hablaba a su madre muerta y le daba noticias que nadie podía creer o ni siquiera escuchaban: habían desembarcado en el muelle unos hombres horribles, menos uno, de unas naves malolientes y quejumbrosas.

Era el primer día del año del Señor de 1829. En el tercer intento, los brasileños y sus aliados, ingleses y mercenarios de toda laya, habían entrado triunfantes en Carmen de Patagones, luego de superar la barra del río Negro y remontar los treinta kilómetros que separan el Atlántico del caserío pobremente armado que intentaba custodiar la entrada a la Patagonia.

Habían usado la treta de Ulises con el cíclope, pero sin intervenir en los preparativos. El golpe de mano encontró borrachos a milicos y negros reclutas, al mujererío alzado y en camas ajenas, a los gauchos de Molina, decisivos defensores del Fuerte del Carmen dos años antes, en boliches de baraja y copas o negociando con la indiada cercana, que no se metía en el barullo del pueblo. Y menos si venían gigantes por el agua.

La niña Pilar, sobria como su edad y condición obligaban, dio más importancia a los barcos que pocos avistaron y se fue para el malecón, hastiada de las diversiones vulgares del festejo del Año Nuevo. No iba sola, claro, llevaba de chaperona a la gobernanta Rosa, siendo como era la única joven casadera de la familia del ex comandante Juan Fermín de Oyola, teniente coronel que cumplía con la patria a muchos kilómetros de ese confín.

Llegaron tan a tiempo a la vera del río que pudieron contar la cantidad de hombres que bajaban de la nave capitana, una fragata bautizada *Ipiranga*. Eran más de cien y calcularon que habría que multiplicar por tres, viendo las dos corbetas que habían anclado en el canal, a pocos metros.

Sus ojos no les alcanzaban a las dos mujeres para captar lo que veían. Había que oler y escuchar agudamente a la vez, para creer lo que estaba ocurriendo. Rosa, atemorizada; Pilar, fascinada. Las dos habían olvidado que al salir de la casa la señora estaba muy mal y el médico, se le notaba en la expresión de la cara y en el abandono de los brazos, se declaraba impotente para salvarla.

Cuando quisieron darse cuenta los forajidos habían reparado en ellas y las tenían rodeadas. La situación era peligrosa, sin duda, pero no hubo amenazas

directas ni intentos de agresión, sólo el aullido de los hombres necesitados de mujer. Enseguida entendieron el porqué. De la segunda o tercera fila del cerco emergió una figura insólita para el cuadro: un joven muy delgado, de cabellera negra y largos bucles, piel blanquísima y ataviado como un señor, jubón blanco, camisa con puntillas y una delicada gola que algunos usaban todavía. Tocado como estaba con un sombrero de plumas, tenía el aire de un bachiller de Salamanca, adinerado y displicente, más que la apostura de un guerrero con intenciones de conquistador.

A conquistar había llegado, sin embargo. Pero le interesó más el corazón de la fresca Pilar que las pedregosas y altas bardas de Patagones, sus pocas armas y relativas riquezas, de las que se encargó la marinería encabezada por un alférez atrevido.

—O marquez de Pombal no exílio, para servi-la. O meu nome é José, mas pode chamar-me Zito, como me chama a minha mãe...

Pilar hizo el gesto cortés de aceptación y puso su mano sobre el brazo que le ofrecía caballero tan digno de ese tratamiento. Rosa no supo o no quiso interrumpir el encuentro, nimbado por los atributos de un designio inexorable. Se limitó a seguir la marcha de la pareja por las callejuelas descuidadas de la ribera, a una distancia que impidiera escuchar las conversaciones, que al rato se habían perfeccionado en abrazos y besos, por mejor entendimiento del lenguaje.

No obstante el predominio de las efusiones amorosas, el tiempo que les llevó un trayecto breve fue suficiente para que Pilar se enterara de que el joven invasor era nieto del Marqués de Pombal que había estado al servicio de José I de Portugal, como ministro destacado y progresista. Su nombre le había sido impuesto en recuerdo de ese monarca, aunque

ahora su lugar estaba del lado de Pedro I, quien como príncipe regente de la corte lusitana se convirtió en impulsor de la expansión del nuevo Imperio hacia el sur, lo que suscitó una guerra contra las provincias del Río de la Plata.

De lo que no estaba anoticiado el joven navegante era del cese de las hostilidades entre ambos países y que por lo tanto su precario triunfo no hubiera sido reconocido por la corona que creía representar.

Cuando el atardecer puso el sol sobre el río, el Marqués se detuvo extasiado frente a los colores que se reflejaban en la serenidad del agua, finas columnas vibrátiles como serpientes amistosas que trajeran el ajuar que la pasión regalaba a los jóvenes enemigos enamorados.

—¡Putra traidora, abrazando al que trae la desgracia para todos cuando nosotros tenemos la propia! ¡Mamá se moría cuando vos te entregabas a ese canalla portugués que viene a quitarnos todo!

—Ya lloraré a mamita, hermana, no lo dudes, pero te aclaro que no es un canalla ni es portugués. Es un marqués del Imperio del Brasil y se va a casar conmigo mañana mismo. Es cristiano como nosotras y obedece al Papa de Roma, igual que nosotras, no te ofusques.

—La calma y elocuencia de Pilar no redujeron la ira de la hermana mayor ni la salvaron de tomarse el tilo prescripto por la abuela y que le alcanzó la atenta Rosa, escapándose del acoso de los integrantes de la familia que corrían de la sala mortuoria al chisme que pudieran arrancarle al ama de llaves y de allí al terror por las previsibles consecuencias de la invasión.

—Después de esas discusiones, Pilar tomó conciencia de que su madre era carne inerte mientras ella

estaba más viva que nunca. Pasó por la habitación donde se preparaba el velatorio sin notar el desprecio que le dedicaban y hasta alguna maldición que le echaron por lo bajo. Se sintió perdida, sin rumbo, y muy feliz a la vez.

Era casi madrugada cuando vino a salvarla su amado, que se presentó en la casa como si no fuera el jefe conquistador de la aldea. Con mucho respeto fue a dar las condolencias a la familia y nadie se atrevió a cerrarle el paso. No había cerca ningún hombre tan valiente ni tan idiota que pudiera asumir esa actitud, aunque fuera fingida, para guardar los deberes del honor.

Apenas repuesta del sofocón por la visita, la abuela se puso al frente de la situación y encaró al Marqués. Obtuvo la total ratificación de los dichos de su nieta, al punto de que recibió también el pedido de mano, perentorio, para esa mañana, la que ya empezaba a clarear. La abuela no pudo esgrimir el argumento de las dificultades eclesiásticas para concretar una boda con semejante urgencia, sabedora de que hablaba con la nueva autoridad del lugar y que la ocupación se había hecho con las dos banderas: la del Emperador y la del Papa, por lo que no podía esperarse una resistencia del cura párroco.

Recurrió al único razonamiento atendible y ése era el luto, y mucho más que eso, el hecho de que la finada madre de Pilar sería enterrada ese mismo día, previa misa de réquiem y cuerpo presente. Tampoco sirvió para enfriar la decisión del Marqués, que lo resolvió con criterio militar: que ambas ceremonias sean sucesivas y con toda la pompa que merecen.

A la niña Pilar le pareció de maravillas la idea, mientras los demás se hacían cruces y encomendaban su alma a todos los santos por la herejía que estaba a

punto de cometerse. De nada sirvieron las protestas y las cosas se prepararon como lo deseaban los contratantes, que salieron de la casa tomados de la mano.

Rosa y el resto de la servidumbre se vieron en el baile de preparar un entierro y un casamiento simultáneos, en la misma familia y saliendo de la misma casa, algo nunca visto ni imaginado siquiera por los calvinistas, que eran considerados los más audaces entre los que se llaman cristianos.

La escena de las once en la plaza frente a la iglesia parecía la obra de un demente. Cercado el predio por los hombres del Marqués para impedir algún arrebato de furia de la gente que pudo enterarse de lo que sucedería, dos cortejos transitaban la calle principal, en el orden previsto. Adelante, el fúnebre, con el ataúd llevado a pulso por los parientes y rodeado de vecinos amigos; detrás, el Marqués de Pombal, con todo el esplendor de su arrogante belleza y una elegancia que seguramente no pensaba lucir en la misión emprendida. A su alrededor, los oficiales de la expedición y algún cipayo, conciente o beodo, que agitaba cada tanto sus brazos al grito de “viva el Marqués y la corona del Brasil”.

Desubicada y nerviosa iba la niña Pilar, una novia entre los deudos y por momentos retrasándose para acompañar a su futuro marido, desbaratando los restos de un ceremonial insólito.

En veinte minutos a paso lento recorrieron el trayecto entre la casa de los Oyola y la iglesia, por primera vez abierta un lunes y con las galas de las grandes ocasiones. Temblaba el viejo cura italiano en el atrio, a pesar del mortificante sol de un verano típico, seco y ventoso. Es que temía estar incurriendo en flagrante

violación del Derecho Canónico, tan bien aprendido como prontamente olvidado en esas soledades. Prefería actuar y salvar la vida para después encargarse de ir a los libros y calcular la pena que recibiría del Arzobispado de Buenos Aires.

Cuando todos estaban acomodados en la nave central, con el órgano alemán sonando bajo los dedos de una pálida dama, instantes antes de que el presbítero iniciara el funeral y con los novios preparados, detrás, para sus esponsales, alguien entró a la carrera, agitadísimo, muy asustado, gritando “vienen los Pincheira, nos van a matar, corran”.

El Marqués y sus hombres desenvainaron las espadas, el único medio de defensa, porque sabido era que no podía pisarse un templo portando armas de fuego. En el portal fueron sorprendidos a tiros por la horda variopinta de los hermanos Pincheira, unos bandoleros que solían acercarse al poblado para robar mercaderías cuando en las afueras escaseaba el ganado.

No pudo saberse si el ataque había sido planeado de antemano por la banda integrada por chilenos, españoles y algunos indios maloneros, o si vieron las naves en el río y vigilaron toda la noche los movimientos del invasor para sacar provecho en una incursión repentina.

Después de balear al Marqués y a sus laderos, los bandidos entraron a caballo a la iglesia, destrozaron lo que se oponía a su paso y se llevaron copones de plata y oro, bandejas, crucifijos y alguna moneda suelta de las contribuciones. A último momento, el capitanejo del grupo hizo girar su cabalgadura, miró a la novia, se agachó con gran habilidad y la tomó por la cintura para alzarla y llevársela.

Lo único que se mantuvo en su sitio, sólido sobre la cureña, fue el féretro, cuyos restos mortales tendrían que esperar el primer momento de calma para obtener su responso.

Quedaron varios heridos de escasa gravedad, pero el Marqués de Pombal murió a las pocas horas, desangrado, porque no hubo manera de parar la hemorragia de su agujero en el vientre. Descabezadas, las tropas invasoras entraron en disputas por el mando y al día siguiente embarcaron sin tomar venganzas con la población y llevándose lo que pudieron.

La dominación brasileña de la Patagonia duró así menos de dos días, dejando una leyenda de amor y muerte. La niña Pilar fue devuelta a la civilización algunos meses después en mal estado de salud, con un extravío mental del que nunca se repuso.

Los hermanos Pincheira siguieron asolando la campaña hasta 1833. Cuando la expedición de Rosas ocupó la región, la banda se desmembró entre La Pampa y el sur de Mendoza.

Se cuenta que en el malecón de Carmen de Patagones, entre flores que nacen en las bardas, suele escucharse en los primeros días de cada año el requiebro de una voz que canta en portugués su amor por la bella Pilar.

Vivir a gusto

Por suerte, mi voz sonó comprensiva:

–Papá, ¿qué estás haciendo acá?

Se desconcertó mucho, como si recién despertara.

–Vamos, papá, volvé a dormir. ¿Necesitabas algo?

Parado en medio de la cocina a oscuras siguió sin responder, hasta que tranquilamente dio la vuelta y enfiló para su habitación.

De pronto, se volvió y me dijo:

–Quería un limón de la heladera, nada más.

–Yo te lo llevo, ya voy.

Mi padre vive con nosotros desde hace tres meses, cuando murió mamá. Se puede decir que recién lo estoy conociendo. Claudio tiene sus motivos para no poder hacerse cargo de él y con Julia decidimos traerlo acá y probar. Como hemos postergado el proyecto de tener hijos, lugar nos sobra y calculamos que con buena voluntad podríamos convivir sin mayores sobresaltos.

Papá cumplió 71 y está bien de salud, aunque desde la muerte de mamá a veces entra en una especie de fuga mental, con un deambular errático por la casa que lo hace parecer un zombi. Él quería vivir solo y creo que más adelante podrá hacerlo, pero nos pareció lo más prudente que en este momento esté acompañado.

Julia trabaja más que yo, está menos en contacto con él, lo que a mí me facilita las cosas, para estar atento por si necesita algo, hasta que se acostumbre al lugar, y para observarlo y conocerlo mejor.

Tengo la impresión de que estamos con un extraño, aunque no me resulta desagradable. Al contrario, es como hacer un amigo nuevo, un tipo raro e imprevisible, cuyo aspecto hosco fuera un disfraz tan burdo que ni él mismo pudiera creérselo.

Lo más llamativo de papá en estos tiempos son las frases que suele soltar en cualquier momento y que parecen simples delirios de su fantasía o escapes de la introspección en que suele esconderse.

La primera vez estábamos mirando televisión y dijo: Pronto la mierda nos va a tapar a todos.

Nos sorprendió mucho a Julia y a mí, porque el tono fue neutro y no le encontramos coherencia con lo que habíamos estado viendo o con los escasos motivos de conversación. La frase quedó allí, como un despiste del viejo, pero quince días después tuvimos una lluvia tan fuerte y prolongada que se desbordaron los sistemas cloacales del barrio y el augurio, tan descabellado y extemporáneo, se transformó en una nauseabunda realidad.

En otra ocasión fue más enigmático todavía. Una tarde en que jugaba con nuestro gato, me dijo: Este animal va a traer buena suerte a la casa.

Lo escuchamos como una expresión de cariño, nada más. Algunos días después, el gato apareció en el patio con un pájaro vivo en la boca. Era un cardenal de penacho amarillo que abunda en la zona y es considerado popularmente de buen agüero. De esto se

acordó Julia cuando lo charlamos por la noche y opinó que había que conservar al pajarito.

Papá se adapta bien a la situación, compra el diario todas las mañanas, aprovecha para hacer una caminata y vuelve al mediodía para servirse medio vaso de fernet con agua, su aperitivo de siempre. Después de almorzar duerme un rato la siesta y al levantarse toma café y lee. No suele introducir muchas variantes en estos hábitos.

Mi hijo me trata medio raro, bien en realidad, pero es como si yo fuera un pensionista de lujo, una celebridad, por ejemplo, de la que quisiera hacerse amigo y aprender algo importante, algún secreto de la vida. Me parece medio aññado en esa actitud, será que yo tampoco lo conozco mucho en el fondo. Siempre el trabajo estuvo primero, lo admito, pero eran tiempos duros.

Desde que te fuiste, Amelia, no dejo de recordarte y extrañarte, fueron muchos años juntos, ¿no?, pero mentiría si te dijera que sufro por tu ausencia. No, es distinto, me lo he tomado como si fueran unas vacaciones y disfruto de las cosas nuevas, de las atenciones de mi hijo y de mi nuera, no sé explicarlo demasiado bien, porque dicho así parece tonto, pueril, eso, pueril, como si hubiera vuelto a ser un chico que se sorprende con todo y tiene motivos para festejar a cada rato. Lo único que me fastidia un poco es tener que hacerlo a las calladas, porque se me notaría enseguida el aire infantil de mis permanentes descubrimientos.

Una de las cosas que me mantiene ocupado es ver cómo gastan la plata. Vos sabés que yo no les ocasiono gastos porque tengo lo mío y me sobra para vivir cómodo, por eso mi curiosidad tiene que ver con el uso

que hacen del dinero, qué cosas compran y por qué, para qué. Es un mundo nuevo para mí, eso de mantener dos autos, tener tarjetas de crédito, teléfonos celulares, muchísimas actividades que demandan salidas, recibir invitaciones y no poder rechazarlas. Me llama mucho la atención la manera en que Mario y Julia se tratan, el tipo de relación que tienen, muy cordial pero también un poco fría, que para mí, y vos pensarías lo mismo, es una forma de indiferencia, más propia de amigos que de personas unidas por el amor, por un sentimiento apasionado. ¿Será que nosotros vivimos muy encerrados en nosotros mismos, vieja, y no vimos lo que pasaba a nuestro alrededor, bien cerca, como la vida de nuestros hijos?

Mario me tiene preocupada, está muy cambiado. No sé si es que lo afectó tanto la muerte de mi suegra, lo que es muy posible, porque a él le cuesta mucho expresar sus sentimientos, o si le trastornó la vida el hecho de que el padre se viniera a vivir con nosotros. Fue él quien más insistió para que las cosas se resolvieran así, porque mi cuñado nunca puso obstáculos serios para que el viejo se fuera con ellos. Por lo menos al principio, eso es lo que me dijo Susana. Fue Mario el que armó todo de esta manera, a mí me parece que quiso demostrarle al padre que él era el que más lo quería y recuperar su afecto; él siempre creyó que lo prefería a Claudio, con el que coincidían en muchas cosas. Y como yo estoy poco en casa por el trabajo, seguramente pensó que a mí no me molestaría que lo trajera para acá. Lo mismo pensé yo, pero me fui dando cuenta de que no es el viejo el que me molesta, sino el cambio de la actitud de Mario en cuanto a las cuestiones domésticas, que nunca le importaron y ahora lo tienen pendiente. Lo que no sé es si lo hace por ser compañero del padre en sus costumbres, por entrar más fácilmente en su intimidad, o si lo hace para

ahorrarle tareas, o bien se encarga de cosas que nunca hizo para evitar que el viejo tome demasiada injerencia en el manejo de la casa. No termino de comprenderlo, de verdad. Y si le preguntara directamente, seguro que se haría el desentendido, como si yo estuviera inventando o me pusiera demasiado suspicaz.

Papá me ha sorprendido con la idea de hacerse un departamentito en el terreno del fondo y me preguntó qué me parece. Dice que él se va a encargar de la mayor parte de la mano de obra y que va a quedar para nosotros, por supuesto. Le dije que creía que Julia no se opondría, además pensé que lo mantendría ocupado, que era bueno que tuviera proyectos. Lo que no deja de asombrarme, porque él nunca mostró la menor afición por la albañilería ni otros oficios manuales.

A los pocos días de que con Julia le dijéramos que no había problemas y que empezara cuando quisiera, se puso a traer materiales y a amontonarlos prolijamente debajo de unas chapas apoyadas en la medianera. Una tarde que llegué un poco antes, me contó que se había hecho asesorar por un constructor jubilado que suele encontrar en la cola del Banco sobre la estructura del encofrado para vigas y columnas, grosor y proporciones del hierro y calidad de la mezcla, tiempo de fraguado y un montón de datos más que lo fascinaban.

Al rato ya se animó a pedirme que cuando tuviera tiempo, si seguía llegando antes de anoecer, le diera una mano con las columnas y las vigas, porque creía que solo no iba a poder manejar tantas cosas con precisión, sin tener ninguna práctica. A mí me gustó la idea, porque no me venía mal un poco de ejercicio, siendo tan sedentario.

Nos llevó varias semanas la tarea, ante la estupefacción de Julia, que creía estar viendo visiones. Eso los sábados, claro, porque cuando ella llegaba los días de semana nosotros ya nos habíamos lavado y cambiado y la esperábamos con la comida lista y casi siempre con la mesa puesta.

Llegamos a formar un buen equipo con el viejo. Fueron días intensos, de pocas palabras y mucha comunicación por gestos, señas, voces breves, sudores cercanos, miradas en la misma dirección comprobando fallas y aciertos. Fue una experiencia nueva e imborrable, porque nunca había compartido tantos silencios vivos, cargados de esperanzas y ternura como en ese doblar los fierros del ocho o vaciar la tolva en la cuna exacta para que nacieran los puntales de la futura casa.

¿De la futura casa, dije? A los dos meses de haber terminado aquel trabajo, que dejó tendido en su lugar original, papá había comprado unas colmenas. La apicultura era su nuevo capricho y también en él me arrastró. Caretas y guantes, libros especializados, horarios inexorables, errores previsibles, una locura que nos envolvió durante bastante tiempo y que sirvió para aprender de los fracasos y también para que llegado un momento yo plantara bandera con algún grado de culpa y mucho alivio. Estaba cansado físicamente y agotado anímicamente, tanto por el trabajo como por el hecho de ver el trajinar incesante de papá. Con el dato agravante de que nadie podía predecir cuándo perdería el entusiasmo y abandonaría todo. Esta vez preferí hacerlo yo.

Supongo que me adelanté muy poco, si juzgo por la relativa indiferencia con que tomó mi decisión y por el tiempo que transcurrió hasta que también él dejó su incipiente empresa, vendiendo todo a otro neófito con ganas de complicarse la vida.

La incógnita que empezó a acuciarnos a Julia y a mí fue cuál sería el nuevo motivo de interés que encauzaría las notables energías y la imaginación de papá.

El otro día fui con una mujer. Era la primera vez, Amelia, desde que no estás conmigo. Tenía mucha más curiosidad que necesidad y no puedo decir que haya salido satisfecho. No era una puta, era la mujer del quiosco donde compro todos los días, la que tiene al marido inválido o eso dice al menos, y con quien siempre conversamos un ratito, a la pasada, de cosas intrascendentes.

Tuve la impresión de que nos tratamos como cosas, bueno, es muy fuerte y hasta tonto, como animales, y no está mal a veces, te acordás que lo hablábamos, pero era distinto, cuando eso pasaba entre nosotros era muy bueno, porque el amor estaba antes, sabíamos que nos queríamos de verdad, profundamente.

Me he quedado pensando en lo que dije: “cosas” y me recordó una sensación de los comienzos de nuestro matrimonio y de la que nunca te hablé porque por suerte pasó, la superamos, y no volvió a repetirse.

Después de que naciera Claudio vos pasaste un largo tiempo muy esquiva y yo llegué a sentirme muy mal, como una “cosa”. Tanto era el rechazo que te provocaba mi cercanía, mis intentos de abrazarte, aunque no tuvieran un propósito de mayores intimidades. Me di cuenta de que era eso lo que temías, porque no dudaba de tu cariño. No obstante, el dolor que me causaba era inmenso, no podía comprenderlo ni me atrevía más que a sugerir lo simple e inocente de mis acercamientos y gestos de afecto.

Y si fue tan dolorosa la experiencia es porque no había ni hubo una explicación de tu parte. No estabas

enojada conmigo, lo hubiera sabido, se hubiera notado en muchas cosas, el bebé era sano, no nos trajo problemas, de modo que me dediqué a rumiar mi angustia y a esperar, con paciencia e intentos cada vez más espaciados de manifestarte mi amor y mi apoyo incondicional.

No sé cuánto tiempo pasó, fueron varios meses, pero al cabo sentí una brecha en tu coraza, que no me apresuré a aprovechar, más bien esperé a que se ensanchara sola, hasta que nuevamente pude tenerte entre mis brazos y el episodio fue superado. Así como empezó, sin palabras.

Fijate a qué cosas tan lejanas me remonté por haber tenido un encuentro con una mujer. Es evidente que era necesario algo así, frío e impersonal, para que la memoria activara un rincón oscuro.

La vida cotidiana sigue su ritmo normal. He incorporado un nuevo proyecto, ahora que se viene el invierno, que ya te contaré, pero esta vez me parece que no voy a tener la ayuda y el apoyo de Mario.

Ya no sé qué hacer con estos dos. Ahora el lío lo tenemos adentro, con los equipos que el viejo ha instalado en su pieza y el olor con que ha impregnado toda la casa. Esto ya no me lo banco. Lo voy a hablar muy seriamente con Mario porque altera la tranquilidad y las horas de descanso. Él tampoco lo ha alentado en esta locura y creo que va a ser más fácil que me entienda y le pongamos un final en el que yo no tenga que asumir el papel de bruja. Nuestra vida ha cambiado totalmente, haciendo un balance desde que el viejo está con nosotros. Nunca supuse que éramos una pareja diez ni que fuéramos supereróticos, pero teníamos nuestros días de intimidad y planes de placer

bien concretos, que se han ido yendo a la mierda en estos meses, más por los cambios de Mario que por la incorporación de mi suegro, porque la verdad es que es bastante discreto, callado, se acuesta temprano y no anda con propuestas que nos incluya a los tres. Sí que lo absorbe al boludo de Mario, que se engancha en todas. Bueno, en casi todas, porque en ésta de la incubadora y los pollitos no lo veo para nada.

Esta vez se pasó de la raya el viejo. Le dimos la mano y se tomó hasta el codo, para usar las mismas palabras de Julia, a quien ahora sí le encuentro razón. A mí, además, me pega por otro lado. Esto de criar pollitos bebé no es nuevo, si cuando nosotros éramos chicos él ya lo hizo y me acuerdo de que a mí me encantó, yo andaría por los ocho y Claudio tendría diez, le calculo. Sí, porque era cuando vivíamos en la chacra, donde estuvimos poco tiempo. Yo la disfruté y aprendí mucho, es cierto, pero el tema de la incubadora me sirvió para confirmar que el viejo lo prefería a Claudio, porque le encargaba las tareas de más responsabilidad, más delicadas, y además las instrucciones se las daba a él, como si fuera mi jefe. Pero me vengué, porque el día veintiuno yo me levanté primero y descubrí al primer pollito rompiendo la cáscara y no les avisé hasta que había salido del todo. ¿Qué quiere ahora? ¿Congraciarse? ¿Resarcirme? ¿Estará chocheando, que todavía me ve como al pibe de ocho años?

Me estoy sacando las ganas, vieja, de tener de nuevo unos pollitos, como antes, ¿te acordás? Yo me doy cuenta de que no les cae bien a Mario y a Julia el asunto, pero tampoco vine acá para hacer todo lo que a ellos les guste. Hago las cosas en mi habitación

y no creo que tengan de qué quejarse. Cuando estén a punto de nacer, seguro que Mario se va a poner inquieto y ansioso, porque para estas cosas no hay edad, ¿no te parece? Me acuerdo de la mañana que vino a despertarme, todo orgulloso, para darme la novedad de que el primero de la camada había nacido y que quería que fuera para él, que le iba a poner una cintita en la pata para reconocerlo, sería como su mascota; me acuerdo como si fuera hoy de su sonrisa de oreja a oreja cuando le dije que sí y que también le podía poner un nombre y le puso Sandokán, estaba seguro de que era un machito y que iba a ser un gallo bravo. Y acertó, fue el más fuerte de ese grupo y nadie lo pudo destronar mientras tuvimos el gallinero.

Si se ponen difíciles voy a tener la excusa perfecta para irme, Amelia, porque si no esto no es vida, en poco tiempo se convertiría en una pensión, casi en un geriátrico, que quieres que te diga. Yo extraño mis cosas y quiero hacer lo que me dé la gana. ¿No está bien, acaso, que quiera vivir a mi gusto estos últimos años?

Mario no se atreve a encararlo al viejo y decirle que termine con esa historia de los pollitos. ¿Qué se piensa? ¿Que vamos a poner una rotisería para vender sus doble pechuga al spiedo? Esta vez soy yo la que va a poner los puntos sobre las íes y a terminar con esta ocurrencia ridícula. Demasiados problemas tengo para aguantar el olor a gallinero adentro de mi casa. Esta noche hablo con él.

El viejo no le dio el gusto a Julia. No volvió al atardecer, ni por la noche ni al día siguiente. Dieron parte a la policía, buscaron en los hospitales, rastrearon hoteles y residenciales, fueron a los diarios con foto

y descripción. Nada, ningún indicio durante tres días. Con Claudio no se había comunicado en ningún momento.

Hicieron mil hipótesis, discutieron, se culparon mutuamente. Dijeron cosas de las que después habrían de arrepentirse. La desaparición del viejo, además de angustiarlos, había provocado una crisis que seguramente tenía su gestación en otras causas.

El sábado a la noche sonó el teléfono y era él. Atendió Mario.

—Hijo querido, disculpá que no les pude avisar, pero me fui al campo con la señora del quiosco. Enviudó, ¿te enteraste? Yo sé que se habrán preocupado y todo eso, pero estoy muy bien, me voy a quedar un tiempito por acá. Avisale a Claudio, por favor, porque nunca me acuerdo de su número. Vos viste que él siempre la quiso más a tu madre y que por más que yo me esforzaba él no me daba pelota. Por eso me alegré mucho cuando vos me invitaste a tu casa, con vos siempre me sentí más aceptado y querido. Bueno, son cosas mías tal vez. Te pido una cosa, Marito, es lo último que te pido, fijate que los pollitos deben estar por nacer. Vos sabés cuidarlos en ese momento, después hacé lo que quieras. Eso sí, al primero que nazca ponele una cintita naranja y si es macho, que se llame Chaplin, ¿sabés? Te quiero mucho, dale un beso a Julia y traten de perdonarme y arreglen las cosas, la culpa es mía, ¿eh? Chau, hijo, hasta pronto.

Conocimiento carnal

¿Mercedes? Sí, la vi hará una semana, más o menos, se hizo el *service* conmigo como ella dice y la vi bien. Siempre laburando mucho, solucionando problemas de sus hijos, viste cómo es, una pila de energía que parece inagotable. Y viene a recargarse conmigo, ella dice que nadie la trata como yo y que puede desatarse del todo. Es fantástica, puede tener cuatro o cinco orgasmos en pocos minutos y no sólo eso, es de las meo-nas como yo digo, tiene unas eyaculaciones que me inundan la cama. Cuando viene pongo dos toallones debajo de la sábana para que no me arruine el colchón, pero se nota, y la primera vez le dio un poco de vergüenza. Es un fenómeno la flaca, la quiero mucho.

No, yo no le puedo seguir el tren, la mayoría de las veces le hago los chiches al comienzo y una vez que la encendí funciona sola, después que acaba la primera vez le tengo tan bien tomados los tiempos y los puntos que la hago llegar enseguida de cualquier forma, se prende en todas, hasta me di el gusto de ganarle una apuesta. Una vez se calentó tanto que el tercer orgasmo se lo provoqué excitándole el ombligo con la lengua. Tuve que esperar el momento justo y nos reímos muchísimo, porque ella aseguraba que con su ombligo no pasaba nada. Y yo le retrucaba que las mujeres como ella no tienen zonas erógenas, son un solo continente erógeno, de pies a cabeza.

Ella me carga, cuando me llama por teléfono aquí al boliche pide por el *taxi boy* o por el *geisho*. Y

yo la hago enojar diciéndole que soy lesbiano, uno de los pocos tipos que entendió lo que quiso decir Charly García, porque le hago el amor como se lo haría una mujer. Le da mucha bronca porque dice que no soportaría que la tocara una mujer y eso me entusiasma más, la jodo con que liberada pero hasta ahí nomás, querida, bien prejuiciosa que sos. Y salta para responderme que de prejuicios nada, que lo único que faltaría ahora es que una tenga que pedir disculpas por ser heterosexual y todo eso... En fin, yo me divierto y ella lo pasa muy bien, si no, no volvería, ¿no te parece?

¿Me cuidás un poquito la barra, que voy al baño? Hací de cuenta que sos la dueña, servite lo que quieras, ya vengo.

La interlocutora, muy jovencita y con los ojos desmesuradamente abiertos por coquetería y complejo y no por asombro de lo que estaba escuchando, obedeció al pie de la letra y se preparó un farol bien colorido, mezclando sin ningún criterio cuanta cosa encontró. Era tan bajita que tuvo que pasar al otro lado el taburete al que se había encaramado cuando hablaba con Silvio, porque apenas llegaba al borde del mostrador.

No te queda mal ese lugar, le dijo Silvio al volver levantándose el cierre del vaquero. La chica hizo un esfuerzo y abrió más todavía los ojos, ahora sí sorprendida, pero no hizo comentarios. Te digo en serio, insistió él, sos decorativa y sabés combinar los colores, por lo que veo. ¿Qué otra cosa hace falta para darme una mano en la barra? Que no te me rajés en cualquier momento con un tipo, en medio de la noche y con el local lleno, nada más. Pensalo petisa, si querés arreglamos un precio y a otra cosa mariposa.

¿Qué más querés que te cuente? No, no sé si Mercedes tiene una pareja, solamente sé que se separó hace años del padre de sus hijos, pero ni yo le pregunto

ni ella es de venir a contarme cómo es su relación con otros hombres, si los tiene, que supongo que sí, no me voy a creer el macho cabrío, a esta altura de la *soirée*, ¿no te parece? La que es casada es Laura, que suele pasar al mediodía escapándose del laburo cuando está muy angustiada, siempre por el marido, que es *dealer* y la tiene en vilo constantemente, porque le miente, le dice que ya salió del negocio, finge otras actividades y ella se lo imagina perseguido por la cana y otros malandras. La cosa es que Laura viene, se toma algo cuando estamos solos, me cuenta, a mí me parece que me toma como un psicólogo, a veces nos echamos un polvo, pero no es lo que ella viene a buscar, por eso yo nunca la invito ni le sugiero, me doy cuenta que lo que ella necesita es mucha ternura, comprensión y seguridad, sobre todo seguridad, porque vive sentada en un volcán, nunca sabe si a la noche el imbécil ése va a volver o si va a estar en cana o lo van a encontrar tirado en un zanjón. Y es tan linda y tan boluda esta Laura, habiendo tantos tipos que se mueren por ella y sigue con ese tarado. En fin, siempre hubo minas así, qué le vas a hacer.

Si te vas a seguir quedando, te dejo otro rato y me voy a pegar una ducha, así ya me quedo vestido para la noche. Ah, si llama Flor atendela bien, te va a preguntar quién sos, seguro, decile que sos la nueva empleada, no importa que no hayamos arreglado eso todavía, te lo pido de gauchada, decile que salí un rato, que no sabés cuánto voy a tardar. Pero bien, con clase, como vos sabés, ¿*capisce?* Gracias, chiquita, en un rato vuelvo.

Valeria no sabía si iba a terminar aceptando la propuesta, pero se puso a sus anchas, espió todos los rincones de la barra, prendió las luces, recorrió el local y se sintió importante.

Miró las pinturas que decoraban el salón, que le parecieron espantosas, aprovechó un espejo grande bien iluminado para retocarse el rimmel y el rubor, la paralizó por un rato el ruido de un auto que estacionaba y al final fue a poner música porque se embolaba. Se movía con Shakira cuando volvió Silvio, impecable, muy *fashion*, rejuvenecido y con buen perfume.

—¿Y, Vale? ¿Todo en orden? ¿No llamó nadie? Mejor, buen augurio. Para ser sábado, casi demasiado tranquilo. ¿Pensaste en lo que te dije? Vos sabés que mientras me duchaba se me ocurrió que si me ayudás hasta soy capaz de pasarle el plumero al órgano y volver a tocar y cantar algunos días, tarde y cuando la clientela se preste. ¿Qué, no sabías? Así como me ves, siendo muy pibe canté con la orquesta de “Chupita” Stamponi, Dios lo tenga en la gloria, era un fenómeno, si hasta le puso música a unos versos míos. Qué tiempos aquellos de la milonga, piba, pero no te preocupés, no te voy a dar la lata con eso, soy un tipo bastante ubicado. Bueno, dale, vení que te explico el asunto de los tragos, los precios, las cuentas corrientes, pero no te hagas barullo porque yo voy a estar siempre al lado tuyo, vos... hacé de cuenta que sos una sobrina mía que yo quiero mucho y vino a pasar las vacaciones acá y me quiere acompañar en este baile. ¿Estamos?

Estamos, asintió Valeria y quedó sellado el pacto. Silvió respiró hondo, como aliviado, y aprovechó para pedirle que se quedara sola un rato porque tenía que atender unos asuntos. La tranquilizó recordándole que en unos quince minutos llegaría Javier, el “di-yei”.

Fue al café de costumbre, pidió su capuchino y el diario, leyó un rato, relojeó la tarde y terminó desandando el camino hacia el boliche sin ningún apuro.

A treinta metros de la entrada, Silvio ya escuchó la música y pensó “estos se zarparon y en el

barrio van a tirar la bronca, como siempre”. Entró, no vio a nadie abajo y se alarmó, miró hacia la cabina y le pareció que había movimientos. Subió y estaban trenzados Valeria y Javier. Bajó la escalerita sin hacer mucho ruido, como viejo zorro en esas lides. “Es preferible que se lleven bien y no que compitan y me metan en líos”, pensó, y se fue a la barra para ver si había novedades.

Pero la noticia vino hacia él caminando por el pasillo que daba al privado, la oficina y demás dependencias, el “bulo”, como le gustaba decir a Silvio. Era Flor, que no había alcanzado a dejar la cartera y tenía aire de recién llegada.

—¿Qué hacés acá, estás loca?

—Si Mahoma no va a la montaña... ya sabés, ¿no?

—Dale, no te avivés, que te prohibí que aparecieras por acá.

—No te enojés, precioso, ya me voy, no me vio nadie. ¿Siempre dejás todo abierto cuando salís?

—Hay gente arriba.

—Yo no vi a nadie, además estuve llamando y no contestabas, me pareció mejor venir a asegurarme de que no me estuvieras trampeando.

—Basta, decime qué querés y andate, vamos.

—A vos te quiero, maricón, ya lo sabés, pero como a vos te da vergüenza que te vean conmigo, siempre tenemos la misma historia, y quiero cortarla, ¿me entendés?

—No puedo hablar ahora de esas cosas, mañana te llamo, ¿okey?

—Mañana aparecés en los diarios, hijo de puta, yo de acá no me muevo aunque tenga que esperar a que cierres, ¿la tenés clara?

—Lo que tengo son las pelotas infladas con tu persecuta. Haceme el favor, metete en el bulo, tengo empleada nueva y no quiero quilombo.

—¿Así que el señor incorpora personal? Pero mirá qué bien, el negocio marcha, caramba. Con mayor razón, podrás dedicarme un rato. Te espero adentro.

Vio cómo se iba esa alta máquina oscura de placer (siempre se le ocurría la frase cursi “Venus de ébano”) y confirmó que era más fuerte que él, que con Flor no podía, lo manejaba por más que hiciera paradas de macho. Le bastaba mirarle las ancas enfundadas en ese raso naranja, brutal contraste, para desearlas con una fuerza que no le nacía con nadie más desde hacía mucho tiempo.

La noche transcurrió sin alternativas destacables; los cansados habitués con alguna naifa rara, a lo sumo. Valeria le ayudó con entusiasmo y buenos modales. A salvo de todas las miradas, Flor se comportó como una señorita. Silvio supuso que se habría dormido.

Después de las seis, con ojeras pronunciadas, el patrón dejó el cierre a cargo de Javier, con las recomendaciones del caso. Que no se quedaran culeando con Valeria en el local fue la última consigna, y con esas palabras.

El sol estaba alto cuando Flor salió, con el pelo bastante revuelto, y consiguió un taxi enseguida. Las calles seguían adormiladas por el feriado.

A media tarde, Mercedes golpeó en la entrada pero no tuvo respuesta. Tampoco contestaba el teléfono de Silvio. Decidió esperar a que abriera el local.

Javier apareció a las nueve y cuarto. Cuando puso su llave en la cerradura comprobó que estaba abierta. Entró, hizo un breve reconocimiento y terminó llamando en la puerta de las habitaciones de Silvio. El silencio le oprimió el pecho. Abrió despacio y a tientas encontró la luz. El desorden del comedor le pareció normal. Menos normal le resultó escuchar el fuerte chorro de una canilla abierta en el baño. Silvio estaba tirado debajo del lavatorio, inconfundiblemente muerto.

El color del cuerpo facilitó el trabajo del forense: infarto masivo de miocardio, dijo sin dudar. La policía no encontró signos de violencia en ninguna parte, ni rastros de drogas, salvo unas hebras de marihuana al lado de la cama.

Mercedes, que llegó en pleno operativo, estaba muy conmovida y pidió ver el cadáver. Se identificó como su psicoanalista para obtener la autorización. Dio unas vueltas por el departamento, lloró un poco y terminó hablando con el médico policial. Le sugirió que se analizaran las manchas recientes de semen que tenían las sábanas, con el argumento de que indicaban una intensa actividad sexual y que un exceso, a esa edad, podía haberle hecho colapsar el corazón. No le dijo toda la verdad; ni ella misma sabía qué pretendía que buscaran.

Pereira, así se llamaba el médico, tuvo que convencer al desganado oficial a cargo para que llevaran las sábanas al laboratorio, recordándole el carácter minucioso del juez de turno. La mujer le había gustado

y quería quedar bien con ella. Es más, le confió que intentaría caratularan el caso como “muerte dudosa”, lo que por supuesto no hizo.

A los pocos días, Mercedes se comunicó con Pereira, que le había prometido tenerla al tanto. Mi diagnóstico fue equivocado, le dijo, su paciente tuvo una embolia cerebral y eso no ocurre por una sesión agotadora de sexo. Además, las pruebas demuestran que sólo una parte del esperma encontrado era de él. El resto es de otro hombre. Usted sabrá mejor que yo. Cuando quiera, dése una vuelta para tomar un cafecito y le muestro los análisis.

Humedades

En dos momentos fugaces de mi vida hay una persona recién salida de la ducha, todavía mojada, en bata, y alguien sorprendido frente a ella, intentando establecer un diálogo, quizás una estrategia.

Admito que este introito es endeble, porque intenta vincular dos hechos por sus puntos comunes, materiales y casi increíbles, que encubren lo principal. Que en los dos casos es lo mismo.

Hace siete años tuve mi primer ataque de pánico. Para quien los ha sufrido debería bastar su enunciación para remitirlo a una situación desesperada. Así me sentí yo cuando se manifestó mientras estaba en la ducha. Como pude, medio enjabonado, me puse la bata de toalla que tenía a mano y tropezando con todo llegué al teléfono. No recuerdo bien por qué llamé a Camila como tabla de salvación, si porque era la amiga más cercana y confiable que tenía en esa época o porque había quedado en encontrarme con ella esa tarde.

Como un bombero –mi llamada debió sonarle a lo que era, una emergencia-, Camila estuvo en casa a los pocos minutos.

Me encontró sentado en el sofá del comedor, en penumbras, con el pelo jabonoso y aplastado, la triste imagen de alguien aterrado. Estuvo amorosa –Camila *es* amorosa–, me preguntó lo mínimo, yo temblaba, mi respiración era agitada e irregular, tenía frío y calor

alternadamente. Se apiadó y quitó con una esponja el jabón de mi cabeza, lentamente, mientras usaba el bálsamo adicional de su armoniosa voz.

Cuando regresó del baño luego de dejar la esponja, Camila tomó distancia y se paró frente a mí, me preguntó si estaba mejor, a lo que respondí que sí, y ya no se movió de ese lugar, con la luz del atardecer recortando su figura, firme, las espléndidas piernas apenas cubiertas por la minifalda.

Creo haber intentado una conversación elemental, plagada de disculpas y agradecimientos, mientras su silencio parecía alentarme a continuar hablando, como si quisiera comprobar mi efectiva mejoría.

Hasta que su posición estática me dio la pista casi imperceptible de que no sólo me escuchaba. Me estaba mirando. Pero su mirada ya no era la de un rato antes, compasiva y condolida, traía un destello diferente, que pude captar gracias a la tranquilidad que iba ganando mi ánimo. Recién entonces advertí que estaba sentado con las piernas abiertas y que la bata no me cubría. Me invadió la sensación de que estaba disfrutando de lo que veía, con secreto regocijo.

El otro episodio ocurrió hace dos años, aproximadamente. Acababa de presentar un libro y tenía ejemplares para obsequiar. Una tarde de verano en que los repartía pasé por lo de Irene, con quien tenemos una misteriosa afinidad aunque no pueda decirse que somos amigos. Pero sentía tener con ella una deuda boba.

Toqué timbre, esperé un poco y escuché un “ya voy” lejano, como si viniera del fondo de la casa. A poco, Irene entreabrió la puerta con los pelos chorreando e instándome a pasar.

Estaba descalza, con la bata de baño y excusándose por la circunstancia, mientras yo también intentaba disculparme.

Irene es una rubia bellísima, perfecta diría. Frente a una mujer así, desnuda y húmeda bajo su amplia toalla, estaba yo, estúpidamente, con un librito en la mano, muy cerca de ella y a merced del inefable perfume que exhala una piel limpia.

Le conté el motivo de mi visita, reprochándome otra vez lo inoportuno de la ocurrencia, que ella descartó entre risas y bromas, casi feliz por la situación.

Yo quería prolongar de cualquier manera ese momento, me salía una sonrisa falsa, nerviosa, y no atiné a inventar nada ingenioso para quedarme a esperar que se vistiera e invitarla a cualquier cosa.

Era evidente que ella deseaba devolver mi gentileza y me hizo pasar a un pequeño patio embaldosado con muchas plantas, sentándose en un sillón hama-ca de mimbre. Yo lo hice en un banquito de plástico, frente a ella.

Le mostré la tapa del libro, quise elogiar la ilustración y estiré la mano para alcanzárselo. Para acomodarse a recibirlo, Irene cruzó una pierna sobre la otra, descuidada y lentamente, con una luz natural de la que no dispuso Sharon Stone y le permitió argumentar sobre su inocencia.

Después de esa demostración cobré coraje y le pregunté si no tenía frío, si quería que preparara café o mate, y ella me dijo que tenía que vestirse rápido porque al rato la pasaba a buscar una amiga.

Salí a la calle aturdido, con una mezcla de asombro, alegría y frustración que seguramente se me reflejaba en la cara.

Tardé mucho tiempo en vincular los dos incidentes y más me llevó intentar una única explicación, manía que me caracteriza. Sólo se me ocurre pensar que el destino se había burlado de mí dos veces, en curiosa simetría y por motivos insondables.

Esquirlas de mar

*En principio el mar es como todos los mares.
La playa, lo que la playa pone, es otra cosa.*

Marcelo Cohen

El que escribe le lee a su hijo de ocho años para probar las historias. El crimen era predecible, nadie intentó evitarlo. El mar era la música de fondo.

El que escribe se fuma hasta el yute de las alpargatas, la rafia del sombrero, el junco de las cortinas. El que escribe no sabe los nombres porque nunca preguntó. El que escribe era tímido y callado cuando chico, torpe siendo joven, obsesivo siempre.

El muerto venía pidiendo a gritos que lo mataran. Parecía que nadie lo escuchaba por el ruido de las olas, el cambalache musical, o porque el ejecutor elegido era sordo.

Cuando el muerto se dio cuenta de la situación, buscó otro facilitador, el menos pensado. El que escribe estaba cerca, aturdido y silencioso. Llevó a dormir a su hijo, después de contarle una historia más.

En su hartazgo, el muerto había perdido hasta el buen gusto, la compostura. Esa noche puso la música muy alta y abrió las puertas y ventanas, recitó un poema, habló de pájaros y de barcos, de almas perdidas. Estaba más borracho que nunca. Las olas eran bravas y la espuma golpeaba como esquirlas

contra la restinga donde habían quedado los aparejos de pesca.

El que escribe no tenía voluntad para nada. Ni para ir a buscar los aparejos, ni para bajar el volumen de la música, ni para decirle al muerto que ya estaba bien, que se olvidara por un rato de pájaros, almas y barcos.

Llegó una mujer, extraviada. El muerto simuló recomponerse, bajó la voz, se quedó arrinconado. El que escribe le preguntó a la mujer qué se le ofrecía. Ella dijo que esa tarde su marido había venido a pescar a la restinga con dos amigos y no había vuelto. El que escribe miró al muerto, pasándole el balurdo. Era fácil darse cuenta de que la mujer le venía como anillo al dedo. Le pidió que lo siguiera, que él le iba a mostrar dónde estuvieron. La mujer se apuró, esperanzada. Caminaron por la restinga, el muerto llevaba un fanal e iba señalando algunas huellas, hitos de una tarde improbable. Llegaron hasta la punta. El muerto le preguntó si reconocía esos aparejos como los de su marido. La mujer estaba conturbada, no sabía responder, se agachó a mirar detalles.

Cuando regresaban, el que escribe vio que el muerto movía las manos aparatadamente, se detenía por momentos y retomaba el tranco; vio a la mujer que no dejaba de mirarlo estupefacta, absorta ante ese rostro desencajado.

El que escribe está seguro de que repentinamente volvieron sobre sus pasos y el muerto extendió los brazos hacia el mar, mirando a la mujer, desafiante. Ella empezó a gritarle y se abalanzó sobre el muerto como para golpearlo, pero resbalaron los dos y cayeron. La linterna voló, su chorro hizo una parábola extraña y fue a caer algunos metros detrás de ellos, hacia la playa.

El que escribe salió de la casilla y escuchó un disparo. Dio un rodeo, buscó la linterna y apuntó a la escena todavía inconclusa. El muerto tenía un gran orificio en el esternón y la mujer estaba caída a su lado, asustada. La ayudó a levantarse, casi la arrastró. Tenía unos rasguños en las piernas y las palmas enrojecidas, con marcas de sus propias uñas. Le dio un trago de lo que quedaba y la acompañó hasta el auto. Le pidió que no dijera nada, que él se encargaría. Le dijo también que por su marido no se preocupara, que lo más probable era que lo que el muerto le contó no fuera cierto.

Pasaron los loros barranqueros. Ya amanecía. El que escribe sacó el trailer y fue a buscar al muerto. Le costó subirlo, había engordado en los últimos tiempos de desolación y agonías.

Cuando el sol promediaba su recorrido hacia mediodía, el que escribe se acostó a dormir. Antes de dos horas, su hijo lo despertó reclamando el desayuno. Debería inventar una nueva historia para contarle.

Lluvia de verano

La tierra descansa por primera vez en el día. Unas gotas caen para aliviarla de la calcinante tarea del sol. Al otro lado de la persiana entreabierta, la muchacha tiene un sueño verde y húmedo, empapada entre las sábanas.

En ese sueño, un bebé sale temporalmente de su vientre (es sietemesino) y deberá volver a alojarlo para completar su maduración, pero mientras tanto lo deja al cuidado del padre, un hombre lento.

El bebé se comporta demasiado bien para ser tan nuevo en estas lides y hasta se cuida de llorar porque no confía mucho en las habilidades de su padre, que plancha camisas y poda el bonsai. El bebé prefiere esperar a que regrese la madre para lanzar sus gritos inconsolables. Para eso falta bastante; ella instala parquímetros en las calles céntricas hasta el atardecer.

La lluvia sigue matizando el sueño de la muchacha, que lo que menos desea es tener un hijo. Pero lo está concibiendo en ese momento, mientras duerme, porque su novio tiene la costumbre de empalmarla dormida. Ella pocas veces lo advierte y a lo sumo le reprocha algún enchastre en la cama.

Es una buena compañera, al fin de cuentas, dice el vago a sus amigos, que lo envidian sin saber si pueden creer o no sus lúbricas hazañas. Por las dudas, prueban con sus mujeres y todos salen trasquilados.

La frescura que invade el patio y se traslada a la habitación de la muchacha es la culpable de cópula tan

informal aunque no sorpresiva. Como la chica todavía está acalorada a pesar del aire fresco, siente ligeras molestias cuando la penetran por detrás. Aunque no es tanto la mera invasión lo que la fastidia: sabe que está en sus días fértiles.

Cuando profundiza el sueño y vuelve con el bebé sacado a la intemperie con escasos cuidados y por razones laborales, intuye que el negocio está hecho.

Está embarazada sin desearlo, puede acusar a su pareja de violación y un fallo judicial le dejará ganancia abundante. El padre de él, un traficante de alto porte, no permitirá que su hijo se case y abandone el trabajo para atender una familia. Por eso decide seguir soñando con su hijo sietemesino cuidado por algún padre sustituto o *baby-sitter*, sabiendo que nada debe temer: el idiota que se le acaba de acoplar pagará por eso. Y ella se quedará con un hijo que parirá cómodamente.

Todo esto, a medias soñado y a medias pensado, se concreta a la mañana siguiente. Antes de ir a instalar los parquímetros pasa por las oficinas del futuro abuelo, le cuenta lo que ha pasado y cobra su dinero. Luego va a un gimnasio, contrata a un patovica (no sería mala niñera, calcula) y le pide que esa misma noche saque de su casa por los fundillos a un malviviente que se le cuelga por la ventana y tiene la costumbre de violarla. El contratado repite las señas particulares del bandido para no equivocarse al cumplir el encargo.

Esa noche, con el ambiente despejado, la muchacha se dispone a dormir tranquila. El día ha sido mucho más templado, no llueve y corre un aire del sur. Cuando el patovica amaga irse le dice que ya sabe que está embarazada y no le importa que se la coja. Pero, eso sí, que espere a verla dormida si piensa intentarlo. Tengo mal aliento, le dice, mejor hacelo por atrás. Le paga y se acuesta, relajada, casi feliz. El patovica se sienta en un sillón, se sirve whisky y espera que le venga el sueño a su patrona.

Pasajes

Una fría y lluviosa noche de domingo del pasado invierno me llamó por teléfono mi amiga N., psicoanalista, que vive a mil kilómetros de mi ciudad. Me contó sobre el curso de la enfermedad de su padre, larga y cruenta, que la tenía absorbida desde varios meses atrás. Le pregunté qué podía hacer por ella, a tanta distancia, si necesitaba materiales de lectura, por ejemplo. Me dijo que le gustaría leer *El libro tibetano de los vivos y los muertos*, la versión de Sogyal Rinpoché prologada por el Dalai Lama, que yo tenía. Le prometí enviárselo de inmediato.

Cuando terminé mi conversación con N. fui a la biblioteca para separar el libro y tenerlo a mano. Apenas lo había hecho sonó nuevamente el teléfono. Era mi hijo mayor, que me contaba del súbito agravamiento de la salud de su tía D., hermana de la madre. La habían internado y no le daban muchas horas de vida. Vivimos en la misma ciudad, de modo que una hora después estaba en el sanatorio. Mi ex cuñada acababa de recibir una importante dosis de morfina para aliviar los tremendos dolores que le provocaba un cáncer en ambos pulmones y pudo reconocerme. Le tomé la mano, hablamos muy poco y enseguida tuvo nuevos accesos de agudo sufrimiento. Comenzó a agitar los brazos hacia arriba mientras decía “ayúdame, ayúdame” y otras palabras, ininteligibles.

D. murió esa madrugada y acompañamos sus restos hasta un cementerio privado, donde sería cremada dos días después.

Al regresar a mi casa después de tantas horas me tiré en la cama a descansar, sin esperanza de dormirme rápidamente. Prendí la televisión y encontré una vieja entrevista con el escritor uruguayo Eduardo Galeano. Para finalizar la nota, Galeano leyó “El viaje”, un relato entonces inédito, cuyo texto es el siguiente:

“Oriol Vall, que se ocupa de los recién nacidos en un hospital de Barcelona, dice que el primer gesto humano es el abrazo. Después de salir al mundo, al principio de sus días, los bebés manotean como buscando a alguien. Otros médicos, que se ocupan de los ya vividos, dicen que los viejos, al fin de sus días, mueren queriendo alzar los brazos. Y así es la cosa; por muchas vueltas que le demos al asunto y por muchas palabras que le pongamos, así es la cosa. A eso, así de simple, se reduce todo. Entre dos aleteos, sin más explicaciones, transcurre el viaje.”

Me conmovió mucho, sobre todo por las circunstancias vividas pocas horas antes. Grabé el texto y al otro día lo transcribí en mi computadora.

A la semana siguiente pensé que ese relato de Galeano podría servir de bálsamo a mi amiga N., que estaba ayudando a su padre a despedirse. Se lo envié por correo electrónico la noche de un martes, sin agregar líneas personales. Pocos días después tuve la confirmación de que ésa había sido la última noche con vida del padre de N. Como D., fue cremado a las cuarenta y ocho horas.

Tiempo después, mi amiga vino a visitarme y me contó que había consultado sus mensajes, entre los que estaba “El viaje”, un rato antes de que su padre expirara.

Monógamo sucesivo

Lo malo de hablar sobre uno mismo es que nadie te cree. Digas lo que digas. Lo bueno es que podés blanquear muchas cosas. Cuando me di cuenta de esto intenté hacerme mala fama, contar cosas horribles de mi vida, con un tono de no darle demasiada importancia, como si fueran normales. Eso sí, mezclo, porque cuento hechos reales como invento otros asuntos, situaciones y personajes bastante inverosímiles, buscando la cornisa de mi interlocutor, porque para mí no hay peligro.

Mi especialidad más festejada es contar la cantidad de mujeres que he tenido y la facilidad con que las consigo, lo que en muchos provoca envidia aunque no me crean y a otros los hace reír por lo absurdo o insólito de los episodios en los que cada una de ellas me fue dejando. Inclusive yo mismo encuentro cómicas algunas de esas anécdotas, en particular aquéllas que no se ajustan a la verdad. Los que me escuchan se ríen con todas, lo que les ha hecho suponer que pueden ser un éxito en teatro o televisión, si me animara a escribir esas historias. Como yo no sé componer guiones humorísticos, me voy a limitar a contarlas de corrido.

A mi primera mujer la perdí en una farmacia. Acabábamos de hacer una compra juntos, yo pagué en caja mientras ella conversaba con el que parecía ser el dueño y cuando le llamé la atención para salir no me escuchó y siguió su charla. Calculé que había pasado bastante tiempo al ver que los empleados bajaban

las persianas y se sacaban los guardapolvos y opté por irme silenciosamente por la puerta lateral. A esa mujer no la vi nunca más. Algunos conocidos que suelen ir al centro de la ciudad me dicen que ahora es la encargada de una sucursal de aquella farmacia.

Mi segunda mujer tenía la característica de desaparecer temporariamente, alojándose en casa de amigos con previo aviso y sin que mediara ningún problema entre nosotros. Ella llegaba una tarde a la casa de alguien y se demoraba ayudando en los quehaceres por uno o dos días. Siempre tenía la gentileza de llamar por teléfono o dejarme una notita si suponía que iba a ausentarse más de lo previsto. Una vez fue a lo de una pintora amiga nuestra y estuvo posando toda la tarde para ella. Al llegar la noche, después de un arduo trabajo, nuestra amiga terminó la obra y quiso mostrársela pero no la encontró por ninguna parte. Se comunicó conmigo, la buscamos por todo el vecindario pero fue inútil. Dimos parte a la policía y ellos opinaron que tal vez pudo salir del país con pasaporte falso en la confusión por la escapada de los guerrilleros puertorriqueños que secuestraron al embajador de los Estados Unidos.

La tercera de las mujeres que vivió conmigo se convirtió en mosca y cayó en un plato de sopa en un restaurante. Como corresponde, fue repudiada por el cliente y despachada por las cañerías de desagüe, sin vueltas. El espectáculo solo fue triste para mí, pues perdí a una espléndida amante. Los demás se sintieron embargados por la furia, el despecho o la vergüenza, a cada cual su parte. Ignoro los sentimientos de mi mujer, ya mosca, por no haber podido seguir su peripecia. A todo esto, pónganse en mi lugar, me encontraba en la terrible situación de no poder denunciar el hecho por el peligro de ser declarado insano, con los consecuentes perjuicios patrimoniales.

El caso de mi cuarta mujer es el más misterioso, el más inaudito de los que me sucedieron. Fue en una época de esplendor económico, tenía una lujosa residencia en Madrid, personal de servicio, mastines de guardia, sistemas de alarma y vigías teleguiados, alfombras persas, canarios de Madeira, enanos de jardín y un estanque circular de ocho metros de diámetro para peces tropicales, diseñado por un amigo de Miguel Bosé. Mi mujer, esa mujer de aquel tiempo, se llamaba Brigitte, yo le decía Brigitte y a veces también Belleza, y no le permitía trabajar en absoluto. Mis negocios, casi exclusivamente operaciones bursátiles, salvo alguna inversión inmobiliaria en el extranjero que se convertía pronto en nuestro lugar de paseo y recreación, me otorgaban el placer y el lujo de decir que mi mujer no era de ésas que debían trotar las calles para alcanzar un bus y gastarse la vista frente a un ordenador. Y mucho menos andar soportando el acoso sexual de sus jefes y compañeros de oficina o como se llamen esos cubículos burocráticos.

En ese paraíso vivíamos ufanamente y un día, de buenas a primeras, para ser más preciso una tarde en que mandé al chofer a que buscara a Brigitte para ir a un concierto y luego a cenar, no la volví a ver más, ni a ella ni al auto ni al chofer. Como si se los hubiera tragado la tierra. Jamás sospeché de una triple traición, incluyendo a mi Jaguar XJ220, raro por las buenas costumbres del auto, su prosapia y exquisito buen gusto.

Pero las cosas no terminan allí. Al mes, más o menos, cuando yo había desistido de la búsqueda y la policía e Interpol también, recibí una encomienda en mi despacho, con un contenido aterrador: los cadáveres de los tres, reducidos a su mínima expresión por el tamaño y porque los gestos en que los había congelado

la muerte eran neutros, no había dolor, horror ni tampoco serenidad o placidez, ésa que a veces tienen los muertos. Más bien parecían muñecos de cerámica, sobre todo el Jaguar, con el parabrisas totalmente velado, ciego. La encomienda tenía una tarjetita, algo rutinario para enviar obsequios, firmada por la Convención Anual de la Secta de Reducidores de Cabezas.

Cuando informé a la policía me dijeron que eso daba por cerrado el caso, porque era totalmente creíble la autoría del hecho, ya que para la fecha de la triple desaparición esa secta estaba reunida en el hotel más caro de la ciudad. El dato confirmatorio lo aportaba la tarjeta en su reverso: decía “Trabajo de Tesis del Grupo II – Península Ibérica: Hombre, mujer y vehículo de cuatro ruedas en homeostasis permanente”.

Ésta es la historia que menos gracia me causa, tanto porque Brigitte, mi Belleza, fue una de las mujeres que más quise y en la que invertí más dinero, como porque nunca conseguí un Jaguar tan hermoso como aquél. En cambio, chóferes tuve muchos y buenos con posterioridad.

En los últimos tiempos se agregó a la rueda de amigos y curiosos un tipo que la va de periodista y asegura que está destinado a ser el Roberto Arlt de la época. A mí el flaco me pareció de entrada un pecho frío, pero siguió yendo, anotaba cosas y alguna vez se quedó un rato más para conversar conmigo. La cuestión es que hace poco apareció en *El Sol* de Quilmes un artículo titulado “Un chanta con público”, en el que habla de los “recitales” (así, entre comillas) de alguien que todas las tardes cuenta la pasión de su vida a un grupo de perejiles en un bar de Mamboretá y Fusileros, qué sé yo, un disparate. El tipo inventó todo, lo único que me hace quedar más o menos bien es cuando dice que algunos me llaman “el autor de la

belleza”, aunque en realidad ellos no dicen así, comentan socarronamente “ahí llega el viudo de la Belleza”, por Brigitte, que ellos creen que no existió.

A mí me importa muy poco que no me crean esto o aquello, porque es mi riesgo, ya lo sé. Pero a veces se me ocurre que puedo hacerles un chiste, nada más que para verles las caras. Un día de estos me rechiflo y aparezco en el bar con la cajita y los fiambres, a ver qué opinan.

Noticias de Chile

Radio Corporación dice que toda la culpa es nuestra, que el colectivo de su país está sumido en la desesperanza por el efecto “Tango”, que ellos han sufrido mucho en el pasado y que supieron remontar la cuesta, con todo y la dictadura, que ahora no es justo que a nosotros nos resbalen las cosas y los vecinos botados, a pique con su barco por la irresponsabilidad de los conocidos de siempre, esa oligarquía malsana y orgullosa de blasones pinches, que una vez más somete al pueblo a los vejámenes y hasta los exporta con vileza y regocijo de los ahítos de poder y desmesura de ambiciones, como si el destino ajeno fuera algo propio entre las manos.

Dice también Radio Corporación que el cobre oculto no será negociado ni tampoco explotado por la extranjería, que podrán cambiarles la moneda pero no el corazón ni las tripas tricolores, que los Andes serán la muralla para la que nacieron, impedir que la voracidad internacional los suma en el desconcierto y una pobreza mayor todavía. Radio Corporación finalizó su nota editorial con una ranchera argentina a guisa de burla y desafío. Es todo desde Santiago.

* * *

Un ama de casa dijo esta mañana en Radio Agricultura, ante la consulta sobre el alza del dólar, que al fondo de las boletas del mercado, libres de toda

cotización, los sueños se recrean y esperan su momento. Al preguntársele si ella aguantaría el peso sin cambiarse a la divisa norteamericana, explicó al cronista que sus inversiones están hechas desde hace tiempo en papel de fabricación chilena y bien guardadas en cajas de seguridad, pero no reveló la institución financiera u otro lugar donde ese tesoro se encuentra. Otra mujer escuchaba atentamente y asentía cada tanto con un gesto de cabeza.

* * *

Una mujer cubre todos los meses la distancia entre Osorno y Concepción para visitar a su amante, un hombre solitario, cuando el marido viaja por negocios.

Los encuentros, que nunca duran más de dos días, son intensos y angustiosos, por lo efímeros. El resto del tiempo los amantes planean fugas que no concretarán, hablan por teléfono y se escriben. Ella le regala un disco de Billie Holiday que se convierte en el talismán de ese amor secreto.

La mujer concibe un hijo del que no puede precisar quién es el padre. El curso del embarazo entorpece los viajes y distancia a los amantes, pero el hombre sorteja las dificultades y sigue llegando hasta ella a través del correo.

Las respuestas empiezan a espaciarse, el hombre calcula que el nacimiento se ha producido, lo que una carta le confirma poco después. Ella le dice que el bebé es hermoso, que se parece a él, que van a tener que esperar un tiempo para verse.

Al hombre el planteo le parece razonable y se siguen escribiendo. A los seis meses y con dos sin noticias, decide viajar a Osorno. Cuando llega, en el

pueblo le cuentan que ella murió en un accidente antes del parto, que el hijo se salvó y lo cría su padre con una cuñada.

El hombre regresa y decide continuar escribiendo las cartas, como si todo siguiera igual. Ella me dijo que mientras Billie Holiday cantara nada malo puede pasar, piensa, y pone el disco.

* * *

La vida, todo, es *un delicado sistema de creencias*, la construcción de un territorio mítico con la materia de nuestros sueños, al que volvemos constantemente hasta que se convierte en una Realidad Otra, paralela a la de la vigilia y que es el reaseguro de supervivencia, es el Más Allá, donde moraremos eternamente. Esa es nuestra trascendencia.

Me refiero a una chacra maravillosa, ubicada cerca del mar hacia el sur, frente a Chiloé, quizás un lugar parecido a Hornopirén, cuyos dueños tienen nombre y apellido y a quienes les arriendan parientes o amigos, con uso casi irrestricto y alternativo, explotación ganadera, fiestas de campo, playas íntimas, memoria común.

Hablo desde ese lugar, en esta lengua.

* * *

Un texto literario se sostiene por sí mismo si resiste la lectura en voz alta por parte de una mujer desnuda frente a un auditorio de predominio masculino. Así lo afirmó el escritor Roberto Bolaño a un cronista de “El Mercurio”, a la salida de una cena en casa de su colega Diamela Eltit. Esta es la primera vez que

Bolaño regresa a Chile desde su consagración internacional con la novela *Los detectives salvajes*.

* * *

Dice el amigo Moisés, que conversa en su casa de Sarmiento con José Mansilla Contreras, venido de Coyhaique, que la premisa de Bolaño no está mal, pero que difícilmente este texto saliera airoso de semejante prueba. Tal vez tengas razón, dice José, tenemos que avisarle a Raúl. Y que lo siga intentando, agregó, con una sonrisa.

Audiencia

La mujer que me ocupa, en este caso, es alguien que parece venir de una derrota, no es una mujer vencida, lleva una derrota encima que le ha marcado el semblante, hay algo en su cara que no es disgusto, no es tristeza, no es pesadumbre, no es dolor, no es cansancio, y es todas esas cosas juntas. Tiene una oscuridad ese rostro que se parece a una vergüenza indefinible, al aplazo en una materia de la vida que ella no se puede perdonar por ahora, no está dispuesta a entender que a todos nos pasa o nos ha pasado, que no hemos cumplido nuestros sueños y no debemos condenarnos por eso.

Esta mujer que me ocupa, en este caso, comparece ante mí, habla con voz baja y pausada, dulce parece su voz sin proponérselo, tal vez sea del Norte con algún resabio de tonada suave que ha tratado de borrar para no ser sorprendida en su condición de provinciana o para evitarse otras preguntas. Comparece ante mí, esta mujer que me ocupa, en este caso, me cuenta sus cosas con un aire de inocencia, de fluir natural, que lo predispone a uno a escucharla, aunque lo que cuenta no implique compromiso ni la ponga en riesgo de confidencia ni menos confesión, simplemente habla con ese tono convincente y sin apuro, atenta la mirada a la reacción que producen sus palabras aunque no inquieten nada, en un registro intermedio entre la cortesía y la confianza sin llegar a la intimidad.

Habla con voz baja y pausada esta mujer que me ocupa y comparece ante mí, en este caso, para relatar

cuestiones de su vida que no logran interesarme más que su rostro cansado y oscuro, que su voz melodiosa y amable, que el gesto flojo de sus brazos cuando dice no me pregunte por los hombres, sin énfasis, como una leve advertencia para no ser interrumpida hasta que termine de contar, y es entonces cuando presto mayor atención a lo que dice y reparo que no ha hecho ningún esfuerzo, no ha variado la sombra de su cara ni la inflexión de su voz ni el abandono de sus brazos cruzados sobre la falda, tres cuartos de perfil a dos metros de mí, que la escucho sin esperar ninguna revelación ni alteraciones en nuestros ánimos.

Una muchacha de servicio nos interrumpió trayendo dos tazas de té. En esos momentos pude observar de otra manera a la mujer, sacada de su relato con alguna sorpresa. Al mirar a la empleada su gesto cambió de pronto, se deshizo la máscara que usaba y me recordó vagamente una imagen vieja, algo de mi juventud y tal vez de la de ella. Un viento de frescura cruzó la sala y cuando la muchacha se fue y enfrentamos las tazas de té, algo había cambiado entre nosotros. Algo sutil, inapresable, pero sustancial.

No era solo mi impresión, había mudado la corriente que se instaló desde el mismo momento en que comenzó la audiencia; uno no se engaña cuando supone algo así, sabe distinguir entre sensaciones propias y lo que se llama empatía.

Me pareció advertir un rasgo conocido cuando la mujer miró a la empleada poner la bandeja sobre la mesa. Al mover su cabeza, pude ver la línea de la quijada, la parte que comienza debajo del lóbulo de la oreja y hace la curva hacia el mentón, que pocas veces es tan delicada como para focalizarla con interés y placer.

Eso fue lo que me ocurrió a mí, ¿y a ella? ¿Fue solo que advirtió un cambio en mi mirada, mostré

alguna turbación, un sudor ínfimo en la frente, ligero temblor en las manos, ocupadas quizá con cierta torpeza en poner azúcar al té?

Retomó su parlamento pero ya no pude escucharla ni disfrutar libremente de su presencia. Recibía el sonido de su voz como si proviniera de un largo túnel, palabras del sueño o de un remoto pasado, o letra de canciones olvidadas.

Hasta que ella se paró, dando a entender que allí terminaba nuestro encuentro. La seguí, escoltándola hasta la puerta, que daba a un pasillo blanco y vacío.

Parado en el umbral, confuso y perplejo, la vi darse vuelta con un giro moroso, casi meditativo, acompañado por una leve y melancólica sonrisa. Me di cuenta de que había relajado su cuerpo de una manera peculiar, con la actitud de una mujer que está frente a un hombre que la ha tenido en sus brazos. No pude mirarla a los ojos. Me dejé encandilar por la intensa luz del pasillo.

Lejos del punto de reunión

Comimos por horas en un extraño restaurante, en un primer piso, con viejos y nuevos amigos. Carne también comimos.

Pagué en dos turnos, a mozos distintos. Yo era uno de los mayores. Había compañeros y compañeras de oficina, algunas muy lindas y casadas.

Antes de salir, cuando se hacen planes de continuarla en otro lado, un amigo muy joven sugiere que me sume. Yo miro a las dos bellezas que serían de la partida y digo que si me dan tiempo de seducirlas antes de la madrugada los acompaño. La más joven me devuelve una mirada significativa, los ojos bien abiertos, a pesar del alcohol consumido.

Me calzo la bufanda y un gorro de lana -llevo traje, impecable- y ellos se van adelantando. Tanto que me subo a un colectivo que me pareció el que ellos tomaron y equivoco el rumbo, los pierdo.

Me bajo pocas cuadras después, para no distanciarme demasiado del centro. Enseguida me pongo a buscar un taxi. Es una esquina en linde con arrabales. Muchos esperan. Decido meterme en un garaje de donde sale una empresa de taxis que tiene galpón subterráneo. Viene saliendo un auto, le dan vía libre a su chofer, lo sigo al lado de la cinta automática transportadora y cuando quiero advertirlo ya estamos en la calle, él sale y acelera, me deja a pie.

Los que esperamos ya somos muchos más. Desespero de pensar que me estoy perdiendo a esos dos bombones. Me acuerdo que están los minitaxis, con un solo habitáculo en intimidad con el conductor. Tienen una parada precaria, ellos también salen del subsuelo y los conductores deben esperar a que se enfríen los motores. Se juntan tres; el primero está haciendo calceta adentro, sin bajar los vidrios ni poner luz interna.

Le golpeo la ventanilla y nada. El de al lado me hace señas de que espere un par de minutos y me lleva. Cuando subo, con grandes dificultades porque el espacio es como el de una motosierra grande o un carrito de golf, veo que es una mujer joven. Le cuento mi aventura de desencuentros de esa noche y le pido que me acompañe con mis amigos a tomar algo.

Empieza a excusarse y le digo: Sí, ya sé que estás desarreglada, despeinada, ojerosa, con pinta de rea y la bombacha vieja, pero eso lo dicen siempre las mujeres, sea cierto o no. Y yo siempre les respondo lo mismo, que no tiene ninguna importancia, igual que la diferencia de edades o de estatura.

Ella se ríe, me da la razón y creo que vendrá con nosotros.

Toma demasiado rápido una rotonda y a mí me parece que el cascajo puede volcar, pero se mantiene en equilibrio.

Pronto llegaremos y tendré que cumplir mi promesa. He perdido casi una hora, pero eso puede jugar en mi favor si llego al lugar y esta muchacha desaliñada termina aceptando la invitación. Tres mujeres son más favorables que dos, ya se sabe.

Al entrar me di cuenta de que los muchachos habían tenido menos aguante para la bebida que las chicas. Bueno, eso hoy es cosa corriente; se ha investigado

que la progesterona sintetiza mejor los alcoholes que la testosterona. Antes creíamos que las minas se cuidaban un poco más al chupar o que sabían disimular mejor las curdas. Cosa esta última, por otro lado, que siempre han hecho, en todos los terrenos, en todas las canchas quiero decir, inclusive en la tribuna de Boca o del Manchester United.

La novedad es desfavorable para ellas porque normalmente no hay tipos que les sigan el tren de la noche y casi siempre terminan solas o entre ellas, como de costumbre. De nada sirve salir, he escuchado que dicen varias, desalentadas antes de intentarlo.

Por eso estoy alerta y fui tanteando el ambiente mientras pedía algo para mí y para la eventual compañera, que como estaba sobria se sentía más desubicada todavía ante el clima de jolgorio. Un par de veces se fue a fijar si el secarropas que usa de auto seguía encadenado al árbol más próximo a la cantina. En un momento, pasada una media hora, me susurró que no tomara más, por favor, lo que me dio un indicio de que pensaba irse conmigo. Las chicas eran demasiado novatas para ella o no le gustaban. Los fulanos no contaban ya, cantaban tangos desafinados de comienzos de la segunda guerra, esa que llaman época de oro.

Como todo se tornaba tan previsible y aburrido, las casadas empezaron a jugar de manos, haciendo una de ellas de varón, como en tren de levante, convidando cigarrillos y fuego a la otra, relojeándola con buenas dotes de actriz o por simple calentura.

Después jugamos a policías y ladrones y las palpé de armas el resto del rato. La pasamos bárbaro. Las dos compañeras fueron en yunta y me largaron con la taxista. Creo que salí favorecido. La laburanta estaba fuerte, todo le venía bien y no era cierto que tuviera una bombacha vieja.

La moneda de fuego

Solíamos atravesar el desierto sólo para espiarla. No era una travesía penosa, la vivíamos como una aventura divertida y sin más gratificación que la de poder contemplarla. Ismael la había descubierto, en un viaje que hizo con su padre por negocios, y nos contó la maravilla. Pronto éramos cuatro los partícipes y nos preparamos para cruzar las arenas y el viento en tres días.

La primera vez tuvimos que sortear el obstáculo de guardianes y perros que custodiaban la mezquita. Ismael conocía el camino seguro, encontrado por azar. Recorrimos un oscuro laberinto, hasta llegar a una puerta de hierro, sin llave. La traspusimos y desde un ventanuco enrejado pudimos verla, resplandeciente. Era como una moneda de fuego, suspendida en el aire por una fuerza invisible, que visitaba diariamente el sultán Khamir al atardecer. Según los augures del reino, su visión daría larguísima vida al monarca.

La profecía no se cumplió: una conspiración triunfó cuando el sultán era joven aún y fue decapitado. Al tiempo, supimos que los nuevos gobernantes habían destruido el altar y la moneda de fuego desapareció. Así terminaron nuestros viajes por el desierto.

Ahora, cada tanto nos reunimos los cuatro amigos para recordar esas historias juveniles. También solemos comentar las leyendas que se cuentan sobre el secreto de nuestra longevidad.

Fragmentos del manuscrito de Ginebra

“Nazco entre piedras húmedas. Mi grito no se escucha y me dan por muerto. Las olas envuelven a las rocas, las desgastan.

“Nazco entre piedras húmedas. Soy un feto sin útero, un aullido sin boca, una palidez sin rostro.”

Septiembre 3 de 1831

* * *

“Vivo en el presente porque me preocupa la eternidad, no el futuro.”

Septiembre 10 de 1831

* * *

“Si pudiéramos darnos vuelta como una chaqueta y vaciarnos de las cosas, recién entonces encontraríamos al Hombre, desnudo en su desamparada humanidad, listo para cumplir con la misión que Dios le ha encomendado y que cada uno tiene que averiguar, en su momento.”

Septiembre 25 de 1831

* * *

“La primera vez se deslumbró el alma y los sentidos estallaron en mil artificios de variada intensidad, recogijantes y sutiles matices expresivos. Escenario infinito de imágenes natales y una noche sin rumbo, agorera de nubes agitadas, extraña pasión indescifrable de eternas conjeturas.

“Subió la tarde a su pedestal de hierro y después fue la mañana y luego la noche anterior, la luz de siempre. Cuando volvió sabía el camino. Encontró el perfume como lo había dejado, en el centro de la nave y la tormenta. Se repitió la gloria del artista en su cumbre, y con ella la turbia gravidez de la mentira.

“Arena húmeda, grata sensación que sube por los pies.

“Al final del invierno tornó el sol desafiante y secando la arena retó a primera sangre con heridas punzantes. Nadie empuñó la invitación. Sin fuego, quemó el camino, el laurel y la canela. Cerrando los ojos, plegó su cabellera y espejó una sardónica sonrisa.”

Septiembre 28 de 1831

* * *

“Ahora no hay mensajes de aquellos que sembraron con señales doradas los campos reseco de la diaria faena. Las palmas no se tocan pero buscan su cielo irremediable de nubes en la negra y alta noche.

“Pasan las horas. En la cuña de sol del horizonte se dibuja la silueta familiar de tu cuerpo. Crece la imagen. Te veo claramente bajo el párpado gris de la mañana.”

Octubre 2 de 1831

* * *

“Si la vida es sueño, tumultos y soledades de la noche, la muerte llegará una fresca mañana de sol, con la pupila dilatada a orillas del mar, algún verano.”

Octubre 4 de 1831

* * *

“Yo soy el que mejor hace las cosas; yo soy el que no sirve para nada.”

Octubre 10 de 1831

* * *

“¿Qué hago todavía en el mundo? Es triste permanecer aquí cuando el cabello no cae ya lo suficiente sobre el rostro para embeber las lágrimas que brotan de los ojos.”

Octubre 11 de 1831

* * *

“He descubierto en mí una tendencia, algo así como una tentación morbosa y abismal, a resistirme al bienestar. Hago muchas cosas para lograrlo todos los días, pero tengo la sensación de que en el fondo hay una parte de mí, incontrolable, que desconfía de todo artificio o terapéutica, en la misma proporción en que desea su éxito. Como si la superación del malestar fuera a quitarme algo, muy propio, casi un motivo de vida importante. ¿Y si curara de mi melancolía, que pasaría? No sería el mismo, claro, y cambiar no es lo que deseo. Por otra parte, dejaría de tener excusas para arrojarme de lleno a una vida plena, si existe, lo que me aterroriza.

“Necesito una brújula, un timón, un ancla, si fuera necesario, para que detenga mi navegación a ciegas. No tengo con quien confrontarme, salvo conmigo mismo. El mundo, tal como es, no me interesa a pesar de mis pasadas elecciones de una vida pública. Si no lo concibiera como una metáfora creo que ya me hubiera suicidado.

“¿Cómo crear, cómo creer, cómo vivir, en soledad, entonces? ¿Cómo no se muere, naturalmente, de tanto dolor?”

Octubre 14 de 1831

* * *

“Soñó el poeta que le pedían a voces que hablara, que hiciera uso de la palabra y él no sabía explicarles que no podía, que apenas si estaba aprendiendo a cantar.”

(Letra de una canción escuchada en una taberna de Nyon, anoche).

Octubre 17 de 1831

* * *

“Vividas imágenes de Combourg han vuelto a mí en estos días; ha de ser porque acepté participar de una partida de caza, lo que no hacía desde hace mucho. ¡Dorados tiempos que añoro ahora, cuando faltan tantos de los que fuimos felices allí! Todo lo que he visto de mundo, de intrigas, de traiciones, de abandonos, pareció esfumarse durante esas horas que me regalaron unos amigos liberales pero respetuosos de mis ardientes defensas de la Madre Iglesia, en estas tierras donde son tan fuertes las ideas y hasta las sombras personales de Calvino y de Zwinglio.

“Cada árbol, sobre todo las acacias y los pinos, y la música del ruiseñor, cuyo elogio nadie podrá mejorar en adelante después de la Oda que Keats le dedicara, todo en torno me remitía, una y otra vez, a los momentos más gratos del pasado. Y siempre con el lago como referencia, apoyo y guía, el frescor de su aire en este otoño lo bastante suave y benéfico como para que pudiéramos regresar entrando el sol.

“Me ha embrujado este Léman que algunos se empeñan en llamar Genève, como si pudiera darle más gloria a la maravillosa ciudad donde el vértigo del mundo pareciera aplacarse del todo, aunque en esto me beneficie mi condición de extranjero y retirado de las luchas políticas. Así lo aseguran mis amigos, casi todos más jóvenes que yo, enzarzados en sus menesteres y en las delicadas tramas que se tejen para sostener este Pacto que es firme pero que nunca está quieto. Se habla cada vez más de que ya son seis las ciudades que quieren tener su estatuto propio y sumarse a la confederación; me lo dicen estos caballeros que apuestan todo su prestigio y su coraje a que esto sucederá sin cataclismos, casi con naturalidad.

“No estoy muy seguro de ello, pero mientras tanto es un lugar tranquilo para mí después de la abrupta salida de la Cámara, que aquí algunos recuerdan por mi discurso, que llegara a publicarse parcialmente y ahora me piden lleve a las imprentas. ¡Qué poco me conocen estos señores para tener semejante pretensión y empeño!”

Octubre 21 de 1831

* * *

“Vuelvo a pasear a orillas del lago y no puedo menos que recordarte, mi querida, cuando lo hacíamos en Annecy, que siento tan cercana, al alcance de mis

manos, parecería, y tan imposible, a la vez, tan remota. ¡Si pudieras encontrar un motivo para venir a verme, ahora que me siento tan preso y tan solo, envejeciendo cada día lejos de todos a los que más quiero!

“Estuve en el castillo de N., en Morges, pasando una breve temporada de solaz, fraternidad y veladas amables, tranquilas, con gentes que te hubiera gustado conocer, que hubieran reconocido tu condición de gran señora, de exquisita sensibilidad. Me invitaron, estando tan cerca, para llegar hasta Lausanne, pero la sola idea de ver la majestuosa catedral en el estado ruinoso en que se encuentra me desanimó completamente. Estos amigos están seguros de que un monumento sagrado como ése no podrá demorar en ser restaurado, ahora que las cuestiones políticas van aquietándose en la nueva Helvecia. ¡Ojalá pudiera verlo y así diría sin exageración que una de las más bellas oraciones a Dios ha sido recompuesta, lo que de seguro ayudaría a la conversión de muchos que todavía se refugian en la tibieza de esos sentimientos religiosos que tú sabes no trepido en calificar de hipócritas!

“Hay una noticia que sí me impulsaría a viajar, pero fuera de estos cómodos confines. Pronto se estrenará en La Scala de Milán la nueva ópera de Bellini, que ha titulado *Norma* y que algunos auguran será su mejor obra, la que lo confirmará como el sucesor indiscutido de Rossini. Según me cuentan Bellini ha adaptado el argumento de una tragedia de Soumet, que a su vez estaría inspirada en mi *Les Martyrs*, lo que ignoraba por completo y me anima aún más a lanzarme a los caminos para asistir a la gala del estreno, pero para ello debería organizar una partida que me permita aprovechar tiempo y circunstancias. No puedo dejar de imaginar la posibilidad de hacer ese viaje contigo,

mi dulce amor, aunque de sobra sé que es una de mis tantas quimeras.”

Noviembre 7 de 1831

* * *

“Todo artista auténtico busca la perfección de lo imperfecto por definición y esencia, la obra humana. Por lo tanto, en su competencia con Dios y su naturaleza perfecta sólo puede convertirse en un ser desesperado.

“Esa desesperación, que lo constituye y a la vez lo condena, se le dibuja en la cara para espanto de sus semejantes.

“¿Cómo amar, entonces, al hombre del rostro enfermo de terror, paralizado y a la vez impulsado a alcanzar una mínima expresión de la Belleza inasible y efímera, intuida en sueños febriles?”

“Prisionero de su privilegiada pesadilla, el artista está condenado a cumplir con su obsesión imposible. Debajo de él palpita un ser descarnado y frágil que clama por comprensión, bondad y amor, que muy pocas veces le llega a través de formas humanas reales.”

Noviembre 18 de 1831

* * *

“Y así arrastran, por trastiendas y prostíbulos, a veces hasta una temprana muerte, su giba de lágrimas que no pudieron descargar en un pecho amante.”

Noviembre 18 de 1831

(François René) Vizconde de Chateaubriand
(1768-1848)

(Textos de su diario, no recogidos en *Memorias de ultratumba*, obra publicada póstumamente en forma “incompleta e incorrecta”, según el estudioso Armando Rangel, en su prólogo a *Atala – René – El último abencerraje – Páginas autobiográficas*, Ed. Porrúa, México, 1987. La versión transcrita, sin mención del traductor, fue tomada de la revista literaria *Ciudad*, Buenos Aires, segundo trimestre de 1957, que atribuyó el hallazgo de los manuscritos a un discípulo de Jorge Luis Borges en Ginebra, donde Chateaubriand residió en 1831. Un notario los habría conservado creyendo que eran originales de otro autor, de escasa relevancia y, por tanto, de relativo valor histórico y literario.)

La mujer ágrafa

1.

Los científicos sociales hablan de prospectiva para bo-cetar el futuro sobre la base de información que procede de algunos parámetros del presente. A los amantes de la literatura nos gusta hablar de ciencia ficción, aunque no resignamos los rigores de alguna lógica, con perdón de las aliteraciones. Un escritor, de los mejores que tiene hoy la lengua castellana, ha creído ver suficientes signos en el aire de los tiempos como para imaginar en su novela *El orden alfabético* que a la caída en desuso de los vocablos le sucederá, irremediablemente, la desaparición de las cosas que designaban. Cuando, sabemos, la operación normal es inversa: si algo deja de existir, la palabra que lo nombraba pierde significación y enmudece. Juan José Millás, autor de esa novela, describe un mundo progresivamente vacío, y por lo tanto carente de sentido, aterrador, a partir de la muerte de las palabras.

La decadencia del lenguaje oral tiene innumerables indicadores en todo el mundo y en todos los idiomas, lo que arrastra a una más lenta degradación de la escritura, gracias al oficio de periodistas, escritores e investigadores. Algunos de los fenómenos coadyuvantes son la hibridación de las lenguas (el *spanglish* y el *portuñol* son ejemplos ya legitimados), la comprobada agonía del modo subjuntivo en castellano, pero

también en inglés, francés e italiano, con la pérdida paulatina de la “escena cóncava de la suposición” (Vicente Verdú) que esa forma de conjugación permite, y la limitación del habla coloquial al uso de un promedio de doscientas palabras en las generaciones más jóvenes de casi todos los países.

Vamos, así, hacia una Babel ágrafa, a un mundo de absoluto imperio del sonido y la imagen prefabricados, lo que viene pergeñándose desde hace varias décadas en aras de una globalización cuyas consecuencias finales desconocemos. El vaticinio del fin de la galaxia Gutenberg siempre intentó minimizarse, más como expresión de deseos que como diagnóstico serio, y cada tanto alguna voz se alza para declarar que “el soporte libro goza de buena salud y está lejos de morir.” Quisiéramos poder creerlo.

2.

La humanidad está compuesta por el 53 por ciento de mujeres y el 47 por ciento de varones (la oscilación es mínima, por ahora, si pretendemos tener en cuenta la migración ocasionada por transexuales), con un crecimiento al parecer alarmante de la tendencia al desequilibrio. Así se desprende de un estudio genético de Steve Rozen, científico investigador del Whitehead Institute, quien confirma en la publicación “Nature Genetics” que el avance de la esterilidad masculina puede atribuirse a “alteraciones en el cromosoma Y”, que define el sexo al concebirse una criatura y que sólo se encuentra en la gónada masculina. (Recordar: la mujer aporta XX, el varón XY; si el elemento Y está debilitado será inevitable el predominio del sexo femenino).

Esta progresividad, de acuerdo con el grado de afectación que presenta el cromosoma Y, permite calcular que dentro de diez mil años la raza humana estará compuesta exclusivamente por mujeres. Un caso así no se ha verificado en ninguna otra especie, de modo que no se trataría de una mutación “natural”, de una “evolución” en el sentido darwiniano, sino el producto de la cultura, de lo creado por designio y voluntad humanas. Lo que equivale a decir que es el resultado de la manera en que el hombre se ha comportado consigo mismo y relacionado con su ambiente durante los miles de años de la llamada civilización.

3.

Si cruzamos las conclusiones de los apartados 1 y 2, obtenemos una visión bastante aproximada de un futuro no muy lejano (¿qué son diez mil años en la historia de la humanidad?): la Tierra estará habitada por mujeres ágrafas. Esta sería, entonces, una proyección bastante fundada y no mera ciencia ficción, ese berretín tan masculino, propio de la mente afiebrada de los varones de la especie.

El desolador panorama parece convalidar plenamente la antigua y audaz afirmación de la uruguaya Cristina Peri Rossi: “El hombre es el antepasado de la mujer.”

[Del diario del escritor maragato Florencio Núñez (1936-1995), junio de 1994]

Imposibilidades sucesivas

1.

La vida se nos va en comprobar imposibilidades sucesivas. El barquito de papel no resiste las consecuencias de la capilaridad y se hunde rápido en el cauce. Un caballo no responde a nuestros torpes movimientos con las riendas. El arquero siempre falla el centro que le otorgaría los diez puntos. La flor que más amamos, cortada, no se reanima con agua de manantial ni con unos decigramos de ácido acetilsalicílico. Con un caucho en el suelo ninguna bicicleta gana el Giro d' Italia. La mejor mortadela de Calabria no puede pasar por jamón serrano de Córdoba. Los camellos que nos empeñamos en montar se frenan invariablemente ante el ojo de la aguja. Después de cinco minutos, no hay huevo que salga blando de un hervor. Y esta retahíla podría seguir, pero no habrá lector que soporte una cláusula más.

2.

Los movimientos domésticos, los cambios de lugar de algunas cosas; el gesto mentidamente definitivo al colocar una foto, un adorno en la repisa principal del comedor; el traslado de un mueble a otro rincón; limpiar el cuchillo de plata; reparar con cola un viejo libro desvencijado; reponer el tornillo que le falta desde hace años a una silla; reforzar las articulaciones del par de anteojos que más usamos; restaurar la foto de los 80 años de la abuela ya muerta; cambiar la carátula desteñida de los casetes grabados; toda una serie de acciones más o menos fútiles, gozosas y demoradas son exorcismos bastante evidentes contra la pulsión de muerte. Podría decirse que si no tuviéramos esa

posibilidad de modificar nuestra realidad más inmediata, nuestro entorno cotidiano, íntimo, el suicidio se convertiría en una salida inevitable, digna.

3.

Algo que quiebre la monotonía, la indiferencia, la inercia de los días todos iguales. Romper la lógica de los antecedentes. Decirle a tu mejor amiga, por ejemplo, qué magníficas tetas tiene, que no lo habías advertido antes (no importa que esto no sea cierto, eventualmente).

Hacer de esa ruptura de la linealidad de la vida el objetivo, la finalidad esencial, básica y única, de toda acción, de todo propósito, de cada proyecto. Con eso alimentar la raíz profunda de nuestra existencia, darle de beber esa grandiosa ilusión.

4.

¿Qué vínculo hay entre restauración y ruptura? Una grieta en la opacidad del vivir cotidiano puede ser el pasadizo que nos conduzca al paraíso perdido. (No hay otro camino para recuperarlo).

Buscar el resquicio, encontrar el atajo, producir el vacío, trabajar la grieta. He ahí la tarea más heroica que podemos afrontar todos los días.

5.

Remover una rutina satisfactoria conlleva el dolor de suspender la inercia conocida para abismarnos en un motivo nuevo, fatigoso al comienzo y tan placentero luego como pudo ser la querida costumbre. El coraje necesario para acometer tal empresa es de una magnitud

superlativa, comparable con la convicción y la voluntad que acumula el suicida para emprender su viaje.

6.

Poder decirle a un joven: ¿Qué te parece que anduve haciendo cuando tenía tu edad? Manejando camiones, hombreado bolsas, levantando cosechas y paredes, acarreando muebles y yerba. (No importa que esto no sea cierto, eventualmente). Y que te lo puedan creer, *man*, que lo puedan creer... Triunfos de la ficción sobre la realidad.

7.

Tiene dicho Clemente Riedemann, chileno contemporáneo: “Estar a solas con sus ficciones es suficiente para un hombre libre.” Y se vuelve nuestro compadre para siempre.

(Idem, agosto de 1994)

El síndrome del soldado de Maratón o Del poeta como cartero que corre con la cabeza envuelta en llamas para entregar con urgencia su mensaje

¿A mí me va a hablar de soledad, señor Conde, que voy por el tercer perro enterrado?

Benito Pérez Galdós

Durante los dos últimos años deserté de la escritura y de otras decepciones refugiándome en un optimismo vitalista bastante impostado. Me sirvió para no matarme, es cierto, o me rescató de calamidades mayores.

En ese tiempo resucité proyectos amorosos perdurables, la pareja, una familia pequeña y satisfecha, un confort hogareño para nada rumboso. Pero ya se sabe que de la superioridad de las mujeres, en inteligencia, astucia y pragmatismo, sólo podemos vengarnos con otras mujeres, frecuentando tantas como nos dé el cuero. La debilidad de ese plato frío es que ellas aprendieron a hacer lo mismo, como revancha por un sistema patriarcal del que sacaron su provecho y la condición de sometidas.

Estas son las primeras líneas que escribo después de muchos meses, con excepción de los inevitables apuntes de algún destello de pensamiento en apariencia brillante o la anécdota casual de una jornada insólita o la salida irónica de un interlocutor o el registro de una pesadez de ánimo adicional a la soledad inexpugnable de la mente.

Me salvaron los sueños. No los de la juventud dorada e incendiaria, menos los de la infantil inocencia sobre una grandeza inexplicable y difusa. Tampoco los de la primera madurez, cuando empecé a alentar la esperanza de un éxito literario, nimbada la cabeza por una corona de hojas de mirto y las pompas de la crítica y el fervor de los lectores. No. Me salvaron los sueños reales, paisajes oníricos de tantas noches de los últimos meses, con atmósferas eróticas serenas, promiscuas y lentas, a veces con un protagonismo relativo, casi lateral, de copartícipe de ritos grupales sin ninguna solemnidad ni gloria. Otros sueños me llevaron a hipotéticos trabajos, situaciones conflictivas, salidas extremas, urgentes, lluvias con mis hijos, preguntas sin respuestas pero también sin angustias, amores bienvenidos, dinero fácil, baños mugrientos, solvencia anímica y seguridad espiritual.

No quiero nada de lo que me ofrezcan. Voy a tomar, como antes, lo que quiera, lo que necesite y me

plazca, en tiempo, forma y lugar. Sin estridencias ni actitudes altivas, más bien con una calma nueva, con una mirada por sobre las circunstancias, sin humedecer la camisa en el esfuerzo.

* * *

¿Quién es el que habla? El que no pudo ser, el inconcluso, el cortado-verde, el que anhela desesperadamente ser amado y no cree que eso pueda cumplirse. Habla el insensato que pide recibir la buena moneda a cambio de nada, el actor de raza que no necesita estudiar sus parlamentos, el rebelde que pide a gritos y con movimientos histéricos que le pongan coto, orden y amor, el cóctel que nadie parece dispuesto a preparar. (¿Se podrá soportar esa bebida?).

Habla el que duda de haber conocido el placer y que hoy lo confunde entre muchas máscaras, inclusive las de la autoexigencia y la omnipotencia. ¿Cómo puede simularse el gusto bajo el aspecto del deber, de una obligación con plazo fijo y a rajatabla?

Habla el que tiembla en soledad. Y cuando no está solo, ¿por qué tiembla? Esa compañía, ¿por qué se parece tanto a la soledad? ¿De qué otro temblor se está cuidando?

Habla el que ha perdido el rumbo del deseo; el que lo inventa sin necesidad, el que lo busca para sobrevivir a su costilla.

Habla el que no soporta la negación del mundo, el que se asusta de todo, el que no cree tener recursos para salir del laberinto. Habla el que ha perdido su palabra.

(Idem, abril de 1995)

* * *

*Despojo al erudito
de las cosas sencillas
y después le pregunto:
¿Qué te queda, hermanito?*

(Idem, sin título ni fecha y con una aclaración
marginal: “soñado”)

